LA FE EVANGELICA

Por "Un Creyente Español"

MADRID
1950

LA FE EVANGELICA

Por «Un Creyente Español»

POR CRISTO
Y LA IGLESIA

MADRID
1950

A todos los que desean
Salvación y Vida.

Este librito, aunque carece de toda pretensión, excepto la de ser útil, es el producto de largas meditaciones y de extensas y variadas lecturas. Sin embargo, el lenguaje es, en gran parte, el de la Sagrada Escritura, y no se hacen citas que no sean de ella. Al final va un índice de pasajes citados, que es, en verdad, una pequeña Concordancia Bíblica Topical. *El deslinde de doctrinas ha sido hecho bajo limitaciones que no escaparán al discreto lector. ¡Dios bendiga esta pequeña producción!*

INTRODUCCION

Allá por los años 61 ó 62 de nuestra era, un apóstol de Cristo, Pablo, escribía desde su prisión en Roma a los fieles de Filipos, ciudad de Macedonia, recomendándoles que combatiesen unánimemente «por la fe del Evangelio», esto es, por la fe evangélica.

En nada intimidado por su peligrosa situación, este apóstol da un vibrante tono de gozo a la frase. La «fe del Evangelio» es la fe de la Buena Nueva, la fe, o doctrina, o actitud que se funda sobre la «palabra fiel y digna de ser recibida de todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores». Es, pues, una fe salvadora, y salvarse es siempre un bien.

Pero es una fe perseguida. Hácesele la guerra desde el primer momento en que fué proclamada, y por lo tanto, hay que luchar en su defensa. En la «defensa y confirmación del Evangelio», eran aquellos creyentes de Filipos compañeros de la gracia que el apóstol había recibido de propagarlo. El apóstol se alegra al oír desde su prisión que los cristianos filipenses no están dispuestos a desamparar la fe que han abrazado. En esto es eco fiel de su Señor, el Autor y Consumador de esa fe, que no quiso ni quiere que los suyos se avergüencen de El ni de sus palabras. Trátase

de una «fe preciosa», que debe ser defendida «en palabra de verdad, en potencia de Dios, en armas de justicia a diestro y a siniestro»; es decir, ofensivas y defensivas. Como otro escritor sagrado dice, hay que contender eficazmente «por la fe dada una vez a los santos».

Para combatir por la fe evangélica es preciso conocerla bien, no sea que nos esforcemos en favor de algo que no es la fe evangélica, sino una desviación de ella. Esto sería esforzarse y padecer en vano.

Para nuestro propósito, la fe evangélica quiere decir casi siempre aquel conjunto de benditas realidades que la revelación cristiana ofrece a nuestra aceptación; pero, a veces, significamos por «fe evangélica» la disposición de mente y de sentimientos que es natural se produzca y manifieste en el creyente cristiano a impulsos de la verdad aceptada; en una palabra, queremos expresar el *pensar* cristiano (fe objetiva) y el *sentir* cristiano (fe subjetiva): la «palabra de fe» y el «espíritu de fe».

Exponer lo más sencilla y claramente posible la fe evangélica es el objeto de las siguientes páginas, que recomendamos a la serena meditación del lector.

I. CRISTO, OBJETO DE LA FE

El primer credo cristiano fué muy conciso en palabras, aunque no por ello pobre en significación:

Jesús es Señor

Los predicadores de la nueva fe anunciaban que en la Judea y la Galilea había vivido una vida santa y poderosa, había sufrido una muerte infamante y había resucitado con gloria el Mesías de Israel, el Ungido de Dios. Por donde los primeros propagandistas fueron, se sabía ya algo de Israel y de su prometido y esperado Mesías. Las sinagogas que funcionaban en la Dispersión judaica y la traducción al griego de las Escrituras sagradas hebreas, habían logrado no sólo interesar a algunos, sino hasta ganar prosélitos para el Judaísmo de entre las mismas poblaciones paganas. Es más, la predicación posterior acerca del Mesías tuvo mejor acogida por parte de los paganos (gentiles) que por parte de los judíos de la Dispersión. A pesar de que se anunciaba salvación «al judío primeramente», eran los griegos o gentiles quienes recibían el mensaje como algo especial para ellos, y emprendían gozosos el camino recomendado del «arrepentimiento para con Dios y la fe en nuestro Señor Jesucristo». En cuanto daban en él los primeros pasos, sentían en ellos mismos una

influencia superior que daba testimonio a sus conciencias de que estaban en la verdadera ruta. Entonces el predicador ponía la cuestión en términos bien concretos: «Si confesares con tu boca a Jesús como Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo».

Jesús de Nazaret, el Mesías de Israel, había muerto en una cruz, el suplicio más repulsivo al sentimiento greco-romano. Pero la cruz ignominiosa no resultó ser una grave dificultad para la glorificación de la persona de Jesús, sino todo lo contrario, pues la predicación se centró en ella, y el desechado de Israel fué presentado (precisamente por haberlo sido y con tan cruenta consecuencia) como la causa de la salvación que se ofrecía al hombre pecador. El hecho de la resurrección, dato fundamental en la propaganda, confirmaba la alta calidad de aquella muerte exteriormente vergonzosa, y garantizaba su virtualidad redentora. El nuevo aliento de vida espiritual que animaba al creyente daba el sí definitivo a la predicación de un Salvador «muerto por nuestros delitos y resucitado para nuestra justificación».

Creer, pues, en Jesús como Señor, como Cristo o Mesías, a pesar de su rechazamiento por la mayoría de Israel, era recibirle como Salvador divino, no sólo por parte de quienes, siendo de Israel, le abriesen el corazón, sino por parte de gentiles o paganos: El era «el Señor de todos», «rico para con todos los que le invocan»; y «todo el que invocare el nombre del Señor» estaba profetizado que sería «salvo».

El hecho de aceptar a Cristo por propio Señor y Salvador con fe, era de trascendencia suma, era el paso de «muerte a vida». Hoy también lo es. Millones de almas así lo atestiguan.

II. EL DIOS Y PADRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Jesús, según los relatos de los cuatro evangelistas, relacionó todo cuando decía y hacía con el Dios de Israel, el Dios vivo y verdadero a quien El llamaba «mi Padre» y «el Padre». «Yo he venido»—dijo—«en nombre de mi Padre». De su Padre eran las palabras y las obras; de su Padre, el mandamiento de que pusiese su vida por la salvación de los hombres. Cristo hablaba con perfecta seguridad. «Nadie conoció al Padre sino el Hijo». El Hijo era El.

Cristo no rechazó ni rectificó nada de lo que su pueblo había aprendido de Dios por la Ley y los Profetas. Dios, su Padre, era todo lo que se había dicho de El: uno, eterno, omnipotente, omnisciente, justo, santo, misericordioso, veraz, fiel, paciente, digno de toda fe, amor y servicio. A estas cualidades dió Jesús un matiz de mayor ternura e intimidad, pero, a la vez, tonos de mayor profundidad y solemnidad. «Ora a tu Padre»—dice El animando a la intimidad—; y añade encareciendo la seriedad de la bendita experiencia: «que ve en lo secreto».

«El Padre» fué el nombre con que El preferentemente designaba a Dios. El Antiguo Testamento había dicho que Dios era *como* un padre, y cuando le da el nombre de Padre es, principalmente, en rela-

ción a su pueblo colectivamente considerado, Israel, su hijo, su primogénito. Cristo enseñó que Dios era el Padre del creyente individual, y dió a quienes en El como Salvador creyesen el derecho de considerarse y *ser* hijos de Padre tan glorioso. Los cristianos primitivos confesaban «un Dios, el Padre», pero no podían olvidar que esta calidad paternal brillaba especialmente respecto de la Persona del Salvador: Dios era «el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo». En el Hijo de Dios eran adoptados los redimidos.

Esto quiere decir que el Dios del Evangelio está caracterizado y definido por la Persona y la obra del Redentor. El Hijo es el Revelador del Padre. El efecto puede notarse en los títulos que a Dios se da en el Nuevo Testamento: «el Dios de la paciencia y la consolación»; «el Dios de esperanza»; «el Padre de las misericordias y el Dios de toda consolación»; «el Padre de gloria»; «el Dios de paz y amor»; «el Dios de toda gracia». Son títulos menos majestuosos que los del Antiguo Testamento, pero más tiernos. El Nuevo Testamento hace también estas tres trascendentales afirmaciones sobre Dios:

DIOS ES ESPÍRITU.
DIOS ES LUZ.
DIOS ES AMOR.

De esta nueva revelación de Dios surge la clase de culto que se le debe tributar: un culto espiritual, inteligente, sincero, filial; un culto de gratitud y de consagración, no de temor, sino de amor.

Pero adoración es adoración, culto es culto, y para la fe evangélica ese homenaje pertenece tan exclusivamente a la Divinidad que no debe tributarse a

criatura alguna, por exaltada que sea. El mismo Cristo repelió un ataque del tentador con las palabras de la Escritura: «Al Señor tu Dios adorarás y a El solo servirás».

Ni cabe representar la Divinidad en *imágenes*, cosa que estaba vedada al israelita mismo, aun siendo su culto menos espiritual que el del cristiano. Ni pueden tomarse manifestaciones o elementos parciales de este culto y hacer de ello un homenaje de menor categoría para dedicarlo a las criaturas, por privilegiadas que sean en el orden espiritual. El mandamiento prohibe no sólo «adorar», sino también «servir», y esta última palabra es la base del vocablo griego *doulía* con que, precisamente, se designa un culto inferior. Toda práctica de un culto no dirigido al Dios único, es una reversión al paganismo con sus muchos dioses y sus muchos señores y su tratamiento divino para héroes y monarcas de este mundo. Todo politeísmo, o cosa que se le parezca, fracciona con sus diversas devociones el alma del adorador, que íntegramente debe orientarse hacia Dios. La inefable grandeza del Señor de los cielos y de la tierra así lo requiere.

III. EL ESPIRITU SANTO

La aceptación de Cristo como Señor iba usualmente acompañada en la Iglesia primitiva de tales manifestaciones de gozo, entusiasmo, exaltación de la mente y el corazón, que este fenómeno constituía en sí mismo prueba de que el Evangelio creído era veraz, «palabra fiel». La experiencia personal no quedaba explicada para el mismo que la sentía por sola la iniciativa de su propia voluntad. La fe era un acto, pero era también un don. Alguien iluminaba, movía, regeneraba, y este alguien era el Espíritu de Dios, Espíritu Santo, Espíritu de poder y de vida, cuya actuación no era del todo ignorada por los fieles en el Antiguo Testamento. Después de resucitado y ascendido al cielo el Señor Jesucristo, las manifestaciones de este Agente divino resultaron tanto más intensas y amplias que, en un sentido, se pudo decir que antes de la glorificación de Cristo «no había» Espíritu Santo; esto es, no se mostraba con la plenitud y eficacia con que se reveló después.

En el nuevo orden de cosas, el Espíritu de Dios tenía magnífica base de actuación dando fuerza a la Palabra hablada o escrita, haciendo atractiva la figura del Salvador, inspirando aprecio de las gracias ofrecidas u otorgadas, abriendo el corazón e introduciendo en él al Divino Huésped. El mismo Cristo

expresó la razón profunda de este fenómeno: El Hijo tenía en común con el Padre todas las riquezas espirituales. Y era del Hijo de quien el Espíritu las tomaba y las anunciaba y comunicaba a los hombres. Así, el Hijo glorifica al Padre, el Espíritu glorifica al Hijo, y el Padre queda glorificado, directamente por el Hijo e indirectamente por el Espíritu, pues la gloria del Hijo es la del Padre. La plenitud de gracia en Cristo lo explica todo.

Hoy todo creyente sincero se da cuenta de que ha sido iluminado para ver en Cristo su Salvador, y fortificado en su voluntad, tan flaca y débil por naturaleza, para llamarle «Señor». Ni en el tiempo presente ni en ningún tiempo anterior puede esto hacerse sin una influencia especial del Espíritu. La experiencia y la revelación coinciden en este punto.

El Espíritu Santo se da al creyente en cuanto creyente, al simple fiel; y no sólo al ministro como ministro, al apóstol como apóstol. No es el monopolio de nadie, ni siquiera de la llamada «Iglesia docente». Es más, antes de desaparecer los apóstoles, quedaron advertidos los fieles, como simples fieles, de que debían poner a la prueba de la Palabra y del Espíritu las enseñanzas que pudieran recibir de sus maestros. No hay, pues, tal cosa como una infalibilidad mecánica que resida en los concilios o en los supremos jerarcas de la Iglesia. Hay una promesa de que el Espíritu Santo guiará a toda verdad, y el simple fiel también ha recibido una «unción», que mora en él y que le enseña todas las cosas (naturalmente, las que son vitales para la fe) y que le permitirá defenderse de los que, voluntaria o inconscientemente, pretendan engañarle, aunque sean sus propios maestros. La Historia de la Iglesia muestra que las «herejías», tanto las repudiadas como las in-

filtradas, no han nacido de los fieles, sino de sus pretendidos directores. No hay garantía ninguna, ni individual ni colectiva, en cuanto nos apartamos de la comunión del Espíritu. La fe evangélica jamás se apoyó en una quimérica infalibilidad corporativa u oficial. Esto no quiere decir que la Iglesia, bajo el Espíritu, no sea «columna y apoyo de la verdad»; lo es precisamente en cuanto no inventa verdades, sino sostiene la verdad revelada.

La función consoladora del Espíritu de Dios, el Paracleto, el Abogado, el que acude en auxilio del que está en un apuro, ¿qué cristiano no la ha experimentado? El himno «Ven a nuestras almas» (*Veni Sancte Spiritus*), que se canta por toda la Iglesia, describe detallada y expresivamente los muy variados efectos de la acción del Espíritu en las almas.

El Espíritu que nos ha sido dado nos hace conocer que nosotros estamos en Cristo y Cristo está en nosotros. Esto es de importancia suprema.

IV. EL EVANGELIO

La fe evangélica, la fe auténticamente cristiana, recibe su carácter del Evangelio como Buena Nueva; y el Evangelio es poderoso para el fin de dar salvación porque es un mensaje verdadero, no cosa ilusoria, sino real y positiva. En el Evangelio quedan reveladas la justicia de Dios y la gracia de Dios. Preséntanos una Divinidad que se expresa en el amor del Padre, la gracia del Hijo y la participación que el hombre puede tener del Santo Espíritu; esto es, el Dios que el hombre necesita si ha de cumplirse en él la oferta salvadora. Y este Dios resplandece, no sólo en el Evangelio como anuncio de salud, sino en el Evangelio como hecho histórico que responde a un propósito eterno, y en el Evangelio como «testimonio de Cristo» confirmado en la experiencia del creyente.

El Evangelio presenta un significativo contraste. De una parte, se anuncia un plan magnífico, el Reino de Dios, en que la divina voluntad se cumple en la comunión y gozo filial de las criaturas humanas con su Padre en los cielos. De otra parte, el anuncio se dirige a una Humanidad fracasada por su alejamiento de Dios, cegada por el error, muerta en delitos y pecados, extraña a la vida divina. Pero este contraste es precisamente lo que hace de la predi-

cación cristiana un Evangelio, pues tanto más buena es la noticia de la espléndida oferta cuanto menos la merecen aquellos a quienes se hace y cuanto menos derecho al beneficio tienen los que tanto lo necesitan.

Ahora bien, este contraste, aunque fácil de enunciar, encierra problemas tan graves y de tan difícil solución que sólo la sabiduría de Dios, cooperando con su infinito amor, ha podido abordarlos victoriosamente. Estos son los «misterios del reino de los cielos», las cosas en que «desean mirar los ángeles», las revelaciones del amor de Cristo que «excede a todo conocimiento». El «Evangelio del Reino» es el «Evangelio de nuestra salvación». Ni el predicador debe avergonzarse de proclamarlo, ni al oyente le pesará jamás haberlo creído. Ofrece salvación, y la da.

a) El problema humano

Volvamos a uno de los elementos del contraste de que hemos hablado: la miseria humana.

La revelación, en el antiguo pacto, ya nos habló de una tragedia ocurrida en la raza humana en sus mismos principios. Creado el hombre para una obediencia inteligente y voluntaria, para entender y acatar lo que es una ley moral, para ponerse en armonía con un orden superior, prefirió desobedecer, seguir un impulso inferior, una persuasión que no era de Aquel que le llamaba. En su incredulidad egoísta, el hombre admitió la sospecha de que lo ordenado no era para su bien, sino para su mal; no para su progreso, sino para su retroceso y estancamiento. Este sentir está en la base del pecado aún hoy.

El hecho fué trascendental. Una ley de solidaridad, beneficiosa en muchos aspectos como ley divina, ligaba a todos los futuros hijos con aquellos sus progenitores. Todos somos en algo, o en mucho, como Adam, y todos sabemos la responsabilidad que nos incumbe en la herencia fisiológica, mental y moral, que dejamos a nuestra prole. Adam era el padre de la raza, el cabeza de la Humanidad. Después de su pecado, ni él podía ya ser el mismo, ni sus hijos lo que hubieran sido de no haber pecado su padre. «Por un hombre entró el pecado en el mundo». «El pecado, siendo cumplido, engendra muerte». «En Adam, todos mueren».

Jesús no habla el lenguaje teológico, pero, al referirse a la condición del hombre, lo hace de un modo que no discrepa de la doctrina de *la caída*, que ya se había formulado en Israel. «Ninguno hay bueno —nos asegura—, sino sólo Dios». Los símiles con que describe la situación de los hombres son bien dolorosos, y todos implican una normalidad anterior: «perdidos», «ciegos», «enfermos», «esclavos», «muertos». Todo lo malo que hay en el mundo sale «del corazón del hombre». ¿Nos conoció bien?

Quizás tú, lector, no quieras aceptar la doctrina ni el hecho de la tragedia de la raza. Bien; pero esto hace aún más sensible tu tragedia personal. Pues si tú puedes negar que Adam cayera, y hasta que existiera, no puedes negar que tú sí existes y que has caído. Si no caíste *en él*, es más claro y evidente que has caído *por ti mismo*. Tu responsabilidad, por lo tanto, aumenta. Si quieres ver cómo un hombre sincero describe su situación moral, aunque desde su más tierna juventud había procurado vivir íntegra y santamente, lee el capítulo VII de la Epístola a

los Romanos. Acabarás diciendo como el escritor: «¡Miserable hombre de mí!»

El Señor profundiza aún más sobre el pecado y nos dice algo que, por una parte, puede consolarnos; y, de otra parte, debe prevenirnos: el pecado no es original en el hombre, se dió por primera vez en un ser capaz, por más elevado y privilegiado que el hombre, de caída más honda y de defección más ingrata. «El diablo peca desde el principio»—dice el Apóstol Juan—. «Ha sido homicida desde el principio»—dice Jesús—. Y no se ha contentado, por ello, con pecar él, sino que ha incitado al hombre a la misma acción y ha logrado esclavizarle al mal. El es «el fuerte armado» que guarda férreamente encarcelados a sus cautivos. El hombre debe pensar que por la senda del pecado se penetra en una región extraña y peligrosísima para él, que puede acabar siendo la morada misma de los ángeles rebeldes. Por eso ha de saludar con alborozo al Divino Libertador, que apareció entre los hombres «para deshacer las obras del diablo».

b) Divinidad del Salvador

Bajo el capítulo I (Cristo objeto de la fe), hemos abordado este asunto, pero tan solo como el tema de la predicación evangélica. De propósito hemos reservado alguna ampliación para este lugar.

El problema humano ya descrito es insoluble para los recursos del hombre. La salvación ha de verificarse *a favor del* hombre y hasta *en el* hombre, pero no *por el* hombre. La iniciativa es de Dios. «Cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador y su amor para con los hombres, no por obras de justicia que nosotros habíamos hecho, mas por su misericordia nos salvó.»

Esta manifestación de la bondad de Dios al revelarse como nuestro Salvador se verifica, no con palabras, no con maravillas hechas a distancia, sino viniendo Dios mismo, en la Persona de su Hijo, a realizar nuestra redención. Porque Dios mismo es nuestro Salvador «ha enviado su Hijo en propiciación por nuestros pecados».

El Salvador es, pues, divino. No un comisionado divino, no un ángel, no un ser extraordinariamente excelso pero creado. Nuestro Salvador es el Hijo eterno de Dios, que existía eternamente «en forma de Dios» (es decir, con la naturaleza divina) y que, ¡oh maravilla!, se anonadó a sí mismo, se vació de su gloria, tomando la forma de siervo, hecho semejante a los hombres, capacitándose así para sufrir y morir. Desde su encarnación habita en El la plenitud de la Divinidad *corporalmente*, y todo cuanto El hace por nosotros lo hace igualmente Dios.

La fe evangélica no puede seguir en todas sus disquisiciones la teología de las tres divinas Personas en la Unidad de Dios. Pero aprecia la forma y manera en que las Escrituras del Nuevo Testamento han expuesto este inefable asunto, precisamente porque no lo hacen en un tratado sistemático, sino refiriéndose a él en muy variados tonos, enfocándolo desde ángulos muy diversos, y presuponiendo su realidad más bien que intentando demostrarla. Ante el misterio de Jesús, el cristiano evangélico cae, como Tomás, de hinojos y exclama: «¡Señor mío y Dios mío!» Cristo es Dios, el Espíritu Santo es Dios, el Padre es Dios. Pero no hay sino un solo y único Dios. La Trinidad afirma la Unidad.

Para confesar la divinidad o deidad de Cristo, la fe evangélica no encuentra dificultad; más bien la encontraría, y grande, para *no* confesarla. La fe que Jesús nos inspira por su Espíritu; el perdón que nos otorga; la paz que infunde en nuestros corazones; el sostén con que nos corrobora en las dificultades; su presencia en lo íntimo de nuestro ser; todos los fenómenos de la vida cristiana, iguales hoy a como están descritos en el Nuevo Testamento, ¿qué explicación tendrían, aun en la parte que son explicables, si el Salvador no fuese una Persona divina, si El no tuviese plena razón al decir: «Yo y el Padre una cosa somos»?

c) *Humanidad del Salvador*

Por otro lado, el Salvador tenía que ser humano. La fe evangélica lo contempla como el Primogénito entre muchos hermanos, en una Humanidad rescatada por El. Y así como para ser «divino» es Dios, para ser «humano» es hombre. Y así como es Dios, no en mero título, sino en naturaleza; así es hombre, no en apariencia, sino en realidad.

El remedio había que introducirlo en la Humanidad misma y en cada hombre rescatado. Pablo dice: «Como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituídos pecadores, así, por la obediencia de uno, los muchos serán constituídos justos.» El que obedece, y obedece perfectamente, y obedece «hasta la muerte y muerte de cruz», es verdadero hombre, puesto, como Adam, bajo ley de obediencia. Adam franqueó el paso al pecado y a la muerte, porque desobedeció. Cristo, con su obediencia, abre la puerta a la reconciliación y a la vida.

«Por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos.» «El que santifica y los santificados (el Salvador y los redimidos), de uno son todos, por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos.»

Este hacerse carne el Hijo de Dios, el Verbo eterno, es lo que se llama *el misterio de la Encarnación*. La fe evangélica lo confiesa como esencial al Evangelio mismo, y lo confesaría aunque nada supiese de la *forma* en que la Encarnación tuvo lugar. Pero, además, el Nuevo Testamento nos ha conservado la revelación de que la forma fué el *nacimiento virginal*, es decir, de una virgen por la obra del Espíritu Santo. La fe evangélica ve en esto, no un obstáculo, sino un auxilio para creer en la Encarnación misma. No podemos ir mucho más allá en cuanto al *por qué* del nacimiento virginal de lo que van las revelaciones mismas a José y a María: el Niño iba a ser un Salvador del pecado; el Niño iba a ser «lo Santo que nacerá», justamente santo para poder resolver el problema del pecado. En nada queda disminuída la humanidad de Cristo por haberla recibido de una madre virgen; y así, El es semejante a nosotros en todo menos en el pecado y, a la vez, «el Hombre del cielo», el postrer Adam, la Cabeza de una nueva Humanidad.

La fe evangélica no confunde el misterio revelado de la Encarnación con la suposición *no revelada* de *la inmaculada concepción de María*. Esta doctrina no está expresada ni en el Antiguo ni en el Nuevo Testamento. En la Sagrada Escritura se nos habla tan solo de tres condiciones para la madre del Mesías: 1.ª, ser mujer; 2.ª, ser virgen; 3.ª, ser del linaje de David. Las tres se cumplieron en la bienaventurada madre del Señor. A ellas añadió la ben-

dita madre el saber moverse en el ámbito de la fe y dar ejemplo de humildad, piedad, obediencia y consagración. ¡Mujer santa y admirable! ¿Qué necesidad tenemos de preocuparnos de si fué preservada. y cuándo fué preservada, del pecado original? Por muchos siglos los cristianos no pensaron en ello. Aun avanzada la Edad Media, teólogos eminentes se opusieron a la idea. ¿Por qué, pues, hablar donde la Escritura calla y la tradición misma se contradice?

La fe evangélica confiesa a Cristo verdadero Dios y verdadero hombre, no por el afán de honrarle con lo primero, ni por el deseo de asimilarlo a la Humanidad con lo segundo, sino porque tal había de ser y ha sido de hecho nuestro Salvador. Este es el Salvador que «nos convenía tener».

V. LA OBRA MEDIADORA

Cristo es llamado varias veces en la Escritura «el Mediador». Su obra salvadora es una mediación entre Dios y el hombre, con todas las dificultades que una mediación supone cuando una honda división ha surgido. La parte que ha iniciado la mediación, en este caso la más elevada y la única agraviada, es Dios. Esta obra mediadora realizada por Cristo se ha venido considerando usualmente bajo tres aspectos: el *profético*, el *sacerdotal* y el *regio*. No son aspectos enteramente aislados el uno del otro, pues la obra presenta una admirable unidad; pero hay ventaja en estudiarlos separadamente.

(a) *Obra profética*

La fe evangélica contempla a Cristo como Maestro, como Revelador, en lo que se llama su *oficio profético*. El profeta no es sólo un vaticinador de sucesos futuros, sino esencialmente un hombre que habla de parte de Dios. Cristo anunció acontecimientos venideros; pero, sobre todo, dió a los hombres las palabras que el Padre le había dado.

Cuantos han leído con atención y seriedad los Evangelios se sienten muy inclinados a hacer suya la exclamación de Pedro: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tie-

nes palabras de vida eterna.» Cristo es Maestro porque nos habla para enseñarnos. Es el Maestro perfecto porque nos habla de las cosas supremas, y nos habla con suprema claridad, suprema verdad y suprema eficacia. No habla como los maestros de este mundo, ni siquiera como los maestros religiosos. Es su enseñanza una mediación entre Dios, de quien todos los hombres deben ser enseñados, y nosotros, discípulos atrasados y torpes, pero discípulos al fin. El mismo afirma que su doctrina no es suya, sino de Aquel que le envió.

Nosotros recibimos porque nos viene de El mediante sus apóstoles y discípulos primitivos, el *Nuevo Testamento*, que contiene su enseñanza y el testimonio acerca de su Persona y su obra. Pero, además, podemos decir que recibimos mediante El las Escrituras del *Antiguo Testamento*, que El mismo reverentemente usó y en cuyas profecías vió El bosquejada su personalidad mesiánica. Esas Escrituras daban y dan testimonio de El. *Antiguo* y *Nuevo Testamento* forman la única base escrita de la fe evangélica, l única autoridad documental de la ciencia de la salvación. La fe evangélica cree en la inspiración, autoridad y suficiencia de las Sagradas Escrituras, sin necesidad de fundamentar esta creencia en especiales conocimentos literarios, históricos o teológicos. Esto pertenece a la ciencia religiosa, no a la religión misma. La fe personal respecto de la Sagrada Escritura se basa en alguna experiencia de lo que la Biblia es en substancia, y esta experiencia la obtenemos usándola, leyéndola u oyéndola leer, o escuchando (como hacen los que empiezan a ser evangelizados) alguna repetición o exposición del texto sagrado.

La supremacía de las Sagradas Escrituras implica que ninguna interpretación de ellas puede tener igual

autoridad que ellas mismas. Ningún *desenvolvimiento* del depósito primitivo puede ser tan importante como el depósito mismo. Sin ese desenvolvimiento, sea el que sea, se salvaron eficaz y plenamente las primeras generaciones de cristianos y podemos salvarnos ahora nosotros. Ninguna tradición, costumbre, regla u ordenanza puede tener igual autoridad que las Escrituras. El Señor mismo reprendió a los fariseos porque pretendían invalidar el mandamiento de Dios con su tradición, y, desgraciadamente, lo conseguían en algunos casos.

La fe evangélica no sólo reverencia estos inspirados escritos, sino que los aprovecha como todo escrito puede ser aprovechado, *leyéndolos*. Tiene la confianza y la experiencia de que el Espíritu Santo ayuda a su comprensión, tanto más cuanto ésta nos resulte más necesaria para adelantar verdaderamente en los caminos del Señor. El llamado *libre examen* no es orgullo ni rebelión, sino independencia de cualquiera autoridad humana en cuanto ésta pueda oponerse a la autoridad de la Palabra y del Espíritu. Debe ser también, naturalmente, independencia respecto de nuestro propio interés y capricho. Es verdad que no es posible leer sin interpretar; todo el que lee, interpreta, quiéralo o no; pero una interpretación arbitraria y caprichosa es todo lo contrario de lo que Dios quiere, tanto si es espontánea como si la recibimos de otro lector o maestro. El Espíritu, que nos hace sentir que en la Biblia tenemos la Palabra de Dios, es también el Supremo Intérprete de ella, y El mismo escoge qué partes debe aclarar e iluminar preferentemente. Los sencillos no están desprovistos de esta guía. Cristo alabó exaltadamente a su Padre porque revelaba las mejores cosas, no a los sabios y entendidos, sino a los niños.

Es una parte de la obra profética de Cristo, «el mismo ayer y hoy y por los siglos», que El da a la Iglesia y al mundo, ministros de la palabra, apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y doctores. Ellos no deben hacer escuchar su propia voz, sino hablar a los inconversos como «si Dios rogase» por medio de ellos, y a todos «conforme a las palabras de Dios». No tienen que inventar la palabra, sino administrar la palabra que les es dada, acercarla a las almas. Este es, característicamente, un ministerio de arriba abajo; es decir, que es Cristo quien ministra mediante sus siervos.

La obra mediadora es profética, reveladora en cuanto la Persona misma, la vida, los sufrimientos y la muerte de Cristo son manifestación del carácter y voluntad del Padre celestial. Jesús hace y enseña, y también lo que hace es una enseñanza. Su acción máxima es revelar a su Padre. El Maestro nos dice que quien le ha visto a El, ha visto al Padre, y la fe proclama agradecida: «A Dios nadie le vió jamás; el Unigénito Hijo que está en el seno del Padre, El lo declaró.»

(b) *Obra sacerdotal*

La fe evangélica ve en Cristo el sacerdote perfecto y eterno que realiza el acto supremo de representación de los hombres delante de Dios.

La Humanidad debía desandar el camino equivocado y malvado que recorrió al pecar. Debía ver el pecado como Dios lo ve, como una ingrata rebelión nacida de un egoísmo incrédulo, como una ofensa a la santa majestad de una ley buena; como un ultraje al amor infinito. Algo muy fundamental se desquició al entrar el pecado en el mundo, cuando le

siguen tan de cerca el dolor y la muerte. La Humanidad debe verlo así; es decir, debe arrepentirse perfectamente. Pero no puede hacerlo sino de manera muy parcial e imperfecta, y para remediar este defecto, el Hombre perfecto, justamente el que no conoció pecado, adoptó ante el pecado la actitud adecuada; por amor a sus pobres hermanos quiso y supo llevar la vergüenza, la pena y la soledad moral que el pecado debiera haber producido a los que en él cayeron, y que no llegó a producir.

No basta, sin embargo, lamentar el pecado. Hay que deshacerlo. La Humanidad era aún más incapaz de esto. Y si Cristo deshace el pecado es por el sacrificio de Sí mismo. Los antiguos sacrificios eran el anuncio (imperfecto, si se quiere) de que una vida limpia debía ser ofrecida a Dios por el pecado. No basta, sin embargo, el anuncio de una cosa: hace falta la cosa misma. Y la ofrenda del cuerpo de Jesucristo, hecha una sola vez, el gran sacrificio, nos santifica, porque respondió por entero a la voluntad de Dios, no una voluntad caprichosa, sino atenta por igual a su propia santidad y a la situación tristísima de su criatura culpable.

La fe evangélica ve en la cruz de Cristo:

1) El amor del Padre que nos hace la dádiva de su Hijo.

2) La perfecta obediencia y consagración del Hijo amado, obediencia tan subida de quilates que excede con mucho el valor contrario de todos los pecados de la Humanidad, y así es capaz de cubrirlos.

3) La consumación de la maldad humana, que, al llegar a su colmo y poner en juego los impulsos peores de que es capaz, coopera involuntaria e inconscien-

temente al propósito redentor, dando ocasión a que la gracia sobrepuje al creciente pecado.

La misma forma en que el gran sacrificio se consumó no es indiferente. Cristo no es asesinado en la oscuridad ni muerto en un tumulto, sino que es juzgado y condenado a muerte por un tribunal, no sólo legítimo y competente, sino hasta de carácter religioso. Pero como este tribunal, el Sinedrio, no tenía atribuciones, bajo la ocupación romana del país, para ejecutar una sentencia capital, el caso y el divino Reo pasan a las autoridades del Imperio; así Jesús es «levantado de la tierra», muere clavado en una cruz. El que no conoció pecado, es sentenciado por hombres pecadores, judíos y gentiles, y lleva sobre la cruz el pecado de todos, para que todos también, muriendo a los pecados, puedan vivir a la justicia y hallen sanidad en sus llagas.

En Cristo se juntan sacerdote y víctima, porque El es quien ofrece a Dios la ofrenda grata, y esta ofrenda es El mismo. Su identificación con nosotros nos incluye en su magnífico ademán, nos hace morir con El por lo que al pecado se refiere, y levantarnos con El a una vida nueva. Nuestro pecado no puede cargar de nuevo sobre el Señor una vez que murió por él; y tampoco puede ya enseñorearse sobre nosotros, que si vivimos, es para la justicia.

Este acto de Cristo, por esto mismo, no tiene por qué ser repetido ni renovado. Como actitud de consagración y servicio, es en el fiel en quien debe reproducirse. El Redentor, con una sola ofrenda, hizo perfectos para siempre a los santificados. La *Cena del Señor* o *Comunión* es un memorial del sacrificio de la cruz, no su repetición. Damos gracias a Dios por él, no lo reofrecemos. El sacrificio mismo, eterno en su origen y alcance, se realizó *una vez* en la consumación de los siglos, marcó el final del Antiguo Pacto y el principio del Nuevo: «Este es el Nuevo Testamento (Pacto) en mi sangre.» Cuando se ofreció fué realmente con sangre. La Escritura no favorece la idea de un sacrificio incruento por el pecado, pues nos dice que «sin derramamiento de sangre no se hace remisión». La constante eficacia del sacrificio de Cristo hace innecesario que sea repetido. El obtuvo por su propia sangre eterna redención.

Pero hace muy edificante su recuerdo. En el acto memorial de la Cena del Señor, los fieles, al participar del pan y del vino, participan espiritualmente, mediante la fe y la observancia del rito, del bendito Cuerpo y Sangre de Cristo, cumpliéndose la promesa de que El permanece en ellos y ellos en El, como queda atestiguado y sellado en la sacra ordenanza. La fe evangélica no tiene por qué descubrir ni usar la palabra *transubstanciación*, expresiva de una elucubración filosófica ajena al espíritu de la ordenanza. Sin el vocablo y sin la idea, se acerca reverente y agradecida a la Mesa del Señor, cierta de que las palabras que El ha hablado son espíritu y son vida.

El sacerdocio de Cristo es eterno e inmutable, precisamente porque nunca pierde su valor el sacrificio que El consumó en la cruz, y ese sacrificio mismo es la base de su actuación permanente en los cielos como Intercesor de su pueblo redimido. Los creyentes en la tierra son constituídos en un «real sacerdocio» para que ofrezcan sacrificios espirituales agradables a Dios por Jesucristo, sacrificios de alabanza y hacimiento de gracias, y se ofrezcan ellos mismos como un sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, pues éste es el culto racional o espiritual que El ha establecido. No hay un cristiano, ni varios, que sean sacerdotes

con exclusión de los demás. En la Escritura aparece bien claro *el sacerdocio universal de los creyentes*. El que ministra, ministra por todos.

(c) *Obra regia*

Si los oficios de profeta y de sacerdote son oficios de mediación, no lo es menos el de rey. Marcadamente lo era en Israel, donde el rey ungido ejercía, más que las funciones de un soberano, las de un virrey; el verdadero soberano era Dios mismo.

Cristo como profeta, anuncia y describe el Reino de Dios; como sacerdote, introduce en una normal relación con Dios a los que han de ser súbditos del Reino; como Rey, instaura el Reino, lo gobierna y administra, extiende sus fronteras, dicta sus leyes, pelea sus batallas, lo lleva a la victoria definitiva.

El lugar donde primeramente se ejerce esta soberanía o virreinato, es el corazón del discípulo o creyente. Este sabe decir con Pablo: «Cristo Jesús, mi Señor.» Es esta una soberanía voluntariamente acatada. Es de notar que la salvación individual que el Evangelio ofrece, la gracia o favor divino que inunda el corazón que lo acepta, y también las pruebas y tribulaciones que los nuevos privilegios comportan, es decir, los fenómenos de la vida regenerada, son todos ellos sucesos del Reino, que, según el Apóstol, es «justicia, gozo y paz por el Espíritu Santo».

La realeza de Cristo se ejerce en la Iglesia, en la colectividad de los creyentes que El ganó con su sangre. Forman la Iglesia cuantos con fe sincera le reconocen por Señor y Salvador, y constituyen el nuevo Israel, el verdadero «pueblo de Dios», tan entrañablemente unido a Dios que es llamado su «casa» o «familia». Su identificación con Cristo es tal, que la

Iglesia es «el Cuerpo de Cristo», el complemento de la gloriosa Cabeza. Y como Cristo es el Instaurador y Realizador del Reino de Dios, no es extraño que la atmósfera de la Iglesia deba ser como una anticipación de la atmósfera del Reino triunfante. En la familia de la fe deben atenderse los «mandamientos del Señor», debe cumplirse «la ley de Cristo» y debe practicarse, en el espíritu de Cristo, aquella admonición y disciplina saludable para los miembros que contravienen la ley de Dios. Ningún ministro de la Iglesia puede llamarse en sentido exclusivo *Vicario de Cristo*. La actuación que suple la presencia corporal de Cristo, la realiza el Espíritu Santo.

La soberanía de Cristo en la Iglesia no convierte a ésta, y menos a una parte de ella, su ministerio, en soberana del mundo dentro del presente orden de cosas. La Iglesia puede y debe influir para bien en el mundo, y desde luego, nunca para mal; pero el mundo es el mundo, y se rige por otras soberanías que, en el presente orden, sólo en ocasiones son dominadas, contra su voluntad, por la suprema de Dios como Creador y Providencia. Al fin, lo serán para siempre; pero hacerse la ilusión de que el mundo pueda ser ahora regido por la Iglesia, es sufrir un engaño perjudicial, tanto para la Iglesia como para el mundo.

Cristo reina invisiblemente en la tierra en virtud de aquel «todo poder» que le ha sido otorgado en el universo entero. Dado lo que la tierra todavía es, su reinado toma actualmente la forma de combate: «el Fiel y Verdadero, con justicia juzga y pelea». Los hombres, con sus agitaciones, sus extravíos y sus luchas, acaban contribuyendo, sin ellos darse cuenta, a los propósitos de Dios. La fe evangélica, penetrando bajo las apariencias, percibe reverentemente, en los incomprensibles acontecimientos de la Historia, los

pasos del Rey de reyes y Señor de señores. No sólo Cristo reina, sino que es forzoso que El reine, y el final ha de ser que todos los enemigos se le han de rendir y El entregará al Padre un universo restaurado, en el cual Dios será el todo en todos.

VI. LA REDENCION Y SUS EFECTOS

(a) *La gracia*

La fe evangélica es sumamente sensible a esta palabra «la gracia de Dios». La idea encerrada en el vocablo «gracia», deriva su fuerza de otras dos ideas: «ley» y «obras». Cualquier cosa que nos viene por efecto natural e inevitable de una ley, no la recibimos por gracia, sino por estricta legalidad. El evangelista Juan contrasta la ley con la gracia. Moisés representa la ley. Cristo, la gracia. La ley es comprensible sin la gracia; la gracia no es comprensible sino en contraste con la ley, ya que es su superación. Las bendiciones que nos vienen por Cristo llegan a nosotros no por el camino de la ley, sino por la amorosa y generosa voluntad de Dios, por el camino de la gracia, superada la ley.

También conocemos la experiencia de recibir algo en pago o recompensa de nuestro esfuerzo en servicio de otro, en suma, de nuestras obras. «Al que trabaja, no se le cuenta el salario por merced, sino por deuda.» Así quieren muchos, con mayor o menor sinceridad, recibir la vida eterna: no han hecho mal a nadie; han hecho todo el bien que han podido; han sido personas decentes y hasta honradas, cumplidoras de su deber, y en lo religioso, han rezado, ayunado,

limosneado, «cumplido» con la Iglesia. Este no es el sentir evangélico. «Si dijéramos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y no hay verdad en nosotros.» Una vez que el hombre conoce la plaga de su corazón, está conforme, muy conforme, con acogerse a la gracia de Dios, ser «recibido a misericordia»; y toda pretensión de propia justicia, todo orgullo por obras buenas realizadas, desaparece. Nada hubo, ni hay, ni habrá en el hombre natural que *merezca* en ningún grado la amistad con Dios y la gloria consiguiente. La palabra *mérito* es tan ajena al espíritu del Nuevo Testamento como es nativa en su suelo la palabra *gracia*. La actitud de quien se ha hecho cargo de estas cosas, no es la del pretencioso fariseo, sino la del humilde y contrito publicano.

Las asistencias y dones de Dios son algo real y positivo, y se explican por la acción de su Espíritu, surgida en el terreno de la gracia. Pero la gracia misma no es un algo mágico que el ministerio de la Iglesia, o la Iglesia entera pueda manipular y administrar, pasándola a través de las acciones materiales, a las almas. No se da *ex opere operato*; esto es, por obra de lo ejecutado. La gracia es el favor de Dios, su generosa actitud, que se complace en saltar toda barrera de estricta legalidad, toda correspondencia entre lo que el hombre es en sí mismo y en sus obras y lo que puede recibir y llegar a ser. La gracia es la obra de Cristo en el sentido de que su muerte honró la santa ley de Dios lo muy bastante para que Dios manifestase una justicia, aparte de toda ley, basada en la fe de Jesucristo, es decir, para que el hombre, que en sí no puede ser justo, pudiera ser tratado como tal por un Dios que sólo sobre esa base puede establecer comunión con su criatura humana.

Para el cristiano primitivo, la gracia brillaba con especial refulgencia en el caso de su propia *elección* de entre un mundo circundante corrompido. Sólo una elección divina inmerecida podía explicar bendiciones tan nuevas e inesperadas. En Cristo había sido el cristiano escogido desde antes de la fundación del mundo por el puro afecto de la divina voluntad y para alabanza de la gloria de la gracia de Dios. Hoy como entonces, esta convicción entra por mucho en la esperanza de gloria.

(b) *La fe*

A la realidad de la gracia en Dios, a esa actitud de favor inmerecido para el hombre, corresponde en el hombre la fe, o sea, la actitud de acogerse a ese favor. La gracia es la mano que da; la fe es la mano que recibe.

El Evangelio ofrece gratuitamente los dones de Dios: perdón, paz, regeneración, participación de Cristo, auxilio del Espíritu Santo, esperanza viva, seguridad de la eterna salvación. Cristo mismo es el don inefable de Dios, y con El, Dios nos otorga todas las cosas. Pero nada de esto puede beneficiar a quien no se da cierta cuenta, mayor o menor, de ello; aunque sea la gracia misma, y la acción divina en ella originada, la que haya precedido, como siempre lo hace, cualquier respuesta humana. Son las bendiciones del Evangelio bendiciones para el alma, cosas con que hemos sido espiritualmente agraciados, y las conocemos con nuestra mente, no cuando ésta se deja guiar por el espíritu de este mundo, sino cuando es iluminada por el Espíritu del mismo Dios que nos hizo las mercedes. El cristiano no ignora por completo ni entiende por completo: cree. Y de esta fe nace la

aceptación del don, la conservación del don, la fidelidad que el don promueve, pues el recibir también obliga. La fe evangélica no es mecánica, rutinaria, inconsciente, sino algo vivo, activo y progresivo. Es la vibración del hombre bajo la corriente de la fuerza divina.

No hablamos aquí de toda fe, por ejemplo, la fe de un mahometano en Alá y su profeta, y aun la fe de un judío en Jehová y Moisés. En toda religión de revelación, real o pretendida, tiene la fe un lugar esencial. Pero la fe evangélica recibe su carácter de la naturaleza misma, tan singular, del Evangelio. Su objeto específico no es la revelación de verdades o doctrinas, sino la oferta de salvación en Cristo, la dádiva de la vida eterna al que cree en El. Es fe en una Persona, no en verdades abstractas. Es fe en Dios, mediada y garantizada en la revelación del Hijo de su amor. Por esto la fe evangélica está caracterizada no por el asenso de la mente, del corazón y de la voluntad a un credo o a una moralidad, sino por una rendición de la persona entera, rendición nacida de una confianza íntima, profunda, puesta en Jesucristo, el Hijo de Dios, que nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros. Es la fe un «recibir» a Cristo como Salvador y un acatarle como Señor en obediencia, «obediencia de fe».

La fe se contrasta en la Escritura con *la vista* y con *las obras de la ley*.

Vivimos la vida cristiana no porque veamos a nuestro Salvador, objeto preeminente de ella, y tengamos plena percepción de lo que nos enseña, nos manda y nos promete, sino porque tenemos plena confianza en El; es decir, una confianza superior a todas las confianzas que cualquiera otra realidad pueda inspirarnos. «Andamos por fe, no por vista»; «vivimos

confiados siempre». Esto no es una desventaja, sino una ventaja. Ni la vista física ni la intelectual tienen el alcance y potencia necesarias para ejercerse con buen resultado hacia las perspectivas que el Evangelio nos presenta. El amor de Cristo excede todo conocimiento, y representaría bien poca cosa si así no fuese. Pero, además, el conocimiento no es tan accesible a todos ni iguala tanto a los humanos como la posibilidad de la fe. Los pobres de este mundo, pobres también en la ciencia humana, pueden ser y son en muchos casos «ricos en fe y herederos del reino». Pero, con todo, la fe no es ciega. No es que deje de ver lo que la ciencia ve, sino que ve lo que la ciencia no puede ver. No ofusca, sino ilumina. Mejor podría llegar a entender quien cree que quien no cree. Es la fe sustancia (garantía) de las cosas que esperamos y demostración (no ignorancia) de las cosas que no vemos. Ella se sostiene, como Moisés, «viendo al Invisible».

El contraste de la fe con las *obras de la ley* es muy necesario, pues el hombre natural tiende a sustituir la actitud de fe personal y viva con la práctica de obras que él cree piadosas y buenas y hasta pueden serlo; pero enfocadas como él las enfoca, no dejan de ser «obras de ley». Estas no pueden justificar al hombre; es decir, motivar que Dios le trate como justo, pues toda obra humana es defectuosa y está manchada por el pecado radical del hombre. Pero la fe, obra de Dios en nosotros, sí es el medio divino por el cual el hombre alcanza aceptación y paz, y a través del cual la justicia de Cristo se trasmite al hombre pecador.

Es de esencia del Evangelio, de la Buena Nueva, que no nos ofrezca una salvación que haya de depender de nosotros. Esto es lo que hizo la ley y resultó

fracasada, porque, buena y santa como era, la flaqueza de aquellos a quienes fué dada, la tornó ineficaz. Esto ocurre con todo plan legal. Ninguna cantidad de buenas obras, ni aun de buenas disposiciones por nuestra parte, nos saca de la condición de pecado y de la consiguiente privación de la gloria de Dios. No es cuestión de pecar mucho o poco, más o menos, con mayor o menor agravación o excusa; es que el pecado mora en nosotros y ha llegado a sernos consubstancial. El justo Dios no puede tratar con nosotros sobre la base de nuestra bondad, sino de la suya. No es nuestra justicia la que nos ha de cubrir ante sus ojos, sino la justicia de Cristo que se nos comunica lo mismo que El llevó nuestro pecado. Esto es lo que se llama *justificación por la fe*, más bien por la gracia de Dios apropiada por la fe. Y como se trata de un favor inmerecido, procedente del infinito e insondable amor de Dios a los hombres, no cabe otro medio de recibirlo que por la fe, tomando en serio la oferta, creyéndola, aceptándola, fiando por entero en Aquel que bondadosamente la hace. «Es por fe—dice el Apóstol—para que sea por gracia.» La actitud ante la gracia de Dios es, en el hombre, la fe.

La justificación es un método divino para reconciliar al mundo no imputándole sus pecados mediante la obra propiciatoria de Cristo. Y es también una acción divina en cada creyente, el cual, por Cristo, entra en esta gracia. Como tal, es una obra perfecta desde el primer momento, y su efecto es una completa y cabal reconciliación. No puede haber grados en esto. O estamos reconciliados o no. No hay tal cosa en el Evangelio como una justificación progresiva que va perfeccionándose, como ocurre con la santificación práctica. Trátase de un cambio radical, en

que no hay medias tintas, el paso de enemigo a amigo, de muerte a vida. Es una maravilla, garantía de las maravillas que vendrán después. «Si siendo enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida.» La *seguridad de la salvación* no es orgullo en el creyente, sino confianza fundada en Dios. Fiel es el que nos ha llamado, y El hará todo lo que se ha propuesto al llamarnos.

Dios nos regenera, nos santifica, nos corrige, nos transforma de gloria en gloria; pero no espera a realizar alguna de estas cosas o todas ellas para justificarnos; antes bien, empieza admitiéndonos como justos a su comunión, y luego viene todo lo demás. Dios no justifica a santos; Dios justifica «al impío» con sólo que se vuelva a El en fe por la obra de Cristo.

Pero aunque el elemento de confianza predomine en la fe, no es el todo de la fe. Es difícil decir lo que *no* entra en la fe, pues en ella se ejercitan todas las facultades humanas, inteligencia, sentimiento, voluntad, cuerpo, alma y espíritu. «Mi corazón y mi carne cantan al Dios vivo»—dijo el salmista—. Pero el alma siente que en todo ello no hay «mérito». «No por obras de justicia que nosotros habíamos hecho, mas por su misericordia nos salvó.» El alma está contenta de que así sea.

(c) *La regeneración*

«Si alguno está en Cristo—dice el Apóstol Pablo—, nueva criatura es.» El Apóstol Pedro dice que Dios, «según su gran misericordia, nos ha regenerado en esperanza viva por la resurrección de Cristo de los muertos». Santiago afirma que Dios, «de su voluntad, nos ha engendrado por la palabra de verdad». San

Juan asegura que «todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es engendrado de Dios». Todas estas expresiones irradian de la declaración del mismo Señor a Nicodemo: «El que no naciere otra vez, no puede ver el Reino de Dios.»

Que cada cristiano sincero es fundamentalmente distinto de un hombre «de este mundo», y eso aunque el cristiano no pase de atrasado y deficiente, y en cambio, el mundano sobresalga como adelantado y cabal, está comprobado por la experiencia no sólo de los cristianos, sino aun de los mismos mundanos. Este hecho explica la gran dificultad que tienen para entenderse cristianos y mundanos, sobre todo la imposibilidad para el mundano de penetrar en la psicología del cristiano.

Esta diferencia no está producida por el esfuerzo personal del cristiano para pensar, sentir y vivir en un nivel más alto, o en un nivel distinto que el mundano. No es que él se convierte a sí mismo en «hombre espiritual». Quien hace de él un hombre espiritual, es el Espíritu. El proceso es vital, un proceso de «generación», de «nacimiento»; Cristo mismo lo describe como «nacer» del Espíritu. Es característico de la generación que todo ser engendra su semejante. Así el Espíritu engendra un ser espiritual, con vida espiritual, progresiva como toda vida, y que va fructificando en amor, gozo, paz, longanimidad, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre y templanza. El Apóstol Pablo llama estas disposiciones «el fruto» del Espíritu, dando a entender que son algo orgánico que sin el Espíritu no se produciría. En cambio, a las realizaciones del hombre mundano las llama «obras de la carne» (no «fruto»), porque desde su punto de vista son algo estéril y muerto. «Si viviéreis

conforme a la carne, moriréis.» Léase la lista de estas obras de la carne en el capítulo V de Gálatas y se verá con cuánta razón se las califica así.

El acto del *Bautismo* no es sólo el signo de la dedicación de la persona al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, es decir, al Dios revelado por Jesucristo, al Dios del Evangelio, sino que es también el símbolo de la muerte del hombre viejo y la emergencia del «hombre nuevo», de la nueva criatura en Cristo. Todo baptisterio o pila bautismal representa la sepultura de Cristo. Al incorporarse la humana criatura a Cristo, con El muere, con El es sepultada, con El resucita a una vida nueva. No es que *per se* el agua, ni las palabras, ni el acto entero con intención y todo del bautizante o del bautizado, o de ambos, produzcan ese efecto; lo que hacen es expresarlo, declararlo y sellarlo en ordenanza divinamente establecida para marcar el paso del estado de condenación al estado de salvación. El bautizado, sea que lo fuera de niño o ya adulto, debe recordarse siempre que fué incorporado a Cristo y no debe ya vivir en el plano del hombre natural, del «hombre viejo», cuyos errores, hábitos y mañas renunció en el bautismo; sino que debe comportarse como «hombre nuevo», «hombre espiritual», apropiándose las fuerzas divinas que para vivir la nueva vida se dan. Está dedicado a Dios, y esto quiere decir que reconoce los derechos de Dios tal y como Cristo los representa.

(d) *La comunión*

El cristiano «está en Cristo» y Cristo está en él. Esto le viene de Dios, es ordenación divina y gran revelación o misterio: «Cristo en vosotros.» Así como Cristo se colocó, se instaló, por así decirlo, en la Hu-

manidad, así el creyente queda colocado, instalado, en Cristo, su Redentor y Señor. Cosas de la Humanidad pasaron a la bendita Persona de Cristo. Cosas de Cristo pasan a la persona del creyente, que toma de la plenitud del Verbo gracia tras gracia. Es una vida de comunión, una vida conjunta, una *symbiosis*, como se dice en las ciencias naturales.

La comunión con Cristo tiene reflejo evidente en la *oración* genuinamente cristiana. Toda la Humanidad religiosa ha orado en todo tiempo, y, sin duda, Dios ha estado cercano a cuantos le han invocado con sinceridad, aunque con ignorancia. Pero la oración cristiana tiene por característica que se hace en el nombre de Cristo, no porque se repita al final la fórmula «mediante Jesucristo nuestro Señor», sino porque se inspira en el sentir y en la intención y propósito de Cristo mismo. Es Cristo quien ora en el cristiano cuando éste es ayudado en su flaqueza por el Espíritu Santo y clama a Dios, a veces con gemidos indecibles. Como la oración es una reverente conversación con Dios, debemos dar al Divino Interlocutor ocasión de hablarnos: «Oiré lo que dirá el Señor Jehová»—escribe el salmista. De aquí la conveniencia de períodos de silencio en la presencia de Dios.

De esta comunión de cada creyente con Cristo surge la comunión de los unos con los otros; y así, la debilidad o fortaleza de la primera explica la debilidad o fortaleza de la segunda. Los cristianos se encuentran unidos en Cristo, y si no se encuentran unidos en El, no se encuentran realmente unidos entre sí en parte alguna, su comunión es una quimera. Y este estado de vida unida de la colectividad de los creyentes entre sí, unos con otros en lo inmediato y cada cual con todos en lo mediato, es también obra de Dios que nos hace «aptos para participar de la

suerte de los santos en luz». Ni una ni otra comunión (que son una sola en el fondo) se originan en nuestra propia voluntad, elección, gusto o capricho. Por lo tanto, no deben padecer, ni la una ni la otra ni ambas, en sus manifestaciones o resultados a causa de nuestras opiniones, prejuicios, manías e incompatibilidades. Nos debemos a los demás como los demás se deben a nosotros. En lo material y en lo espiritual, debemos ser «fáciles en comunicar»; es decir, bien dispuestos a compartir lo nuestro con otros. Esta sociedad perdurará cuando todos seremos «juntamente» participantes de las bendiciones eternas del Evangelio, y hacia este ideal hemos de caminar. Dios que ha ligado fuertemente la Humanidad natural, no lo ha hecho menos, sino más y con mayor perfección en la Humanidad regenerada. La Cena del Señor por la participación de todos en el «un pan», nos recuerda que somos un Cuerpo en Cristo.

(e) *La santificación*

En un sentido, somos hechos «santos» en cuanto pasamos a pertenecer a Dios. Todo lo de Dios es santo. Por eso los cristianos, sin distinción de mayor o menor adelanto en la gracia, son llamados «santos». Y este es un estado completo y perfecto de santidad en cuanto no es producido por nuestros esfuerzos personales, sino resultado de la perfecta consagración de Cristo mismo, que se santificó para que los suyos fuesen santificados en verdad. Esta santificación, como la justificación misma, no admite grados. Es el paso del estado de condenación (profanidad) al estado de salvación (santidad).

Pero esta situación *de derecho* es natural que lleve a una *de hecho*, esto es, a la santificación práctica, al

cultivo de las cosas que van bien con esa condición de santidad ideal y al abandono de aquellas que van mal. «Vestíos como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia», etc.; es decir, no *para ser* escogidos de Dios, santos y amados, sino *porque lo sois*. Hay disposiciones y acciones que concuerdan admirablemente con nuestra calidad de «santos» de Dios, y son las que vemos resplandecer en nuestro Salvador, que es también nuestro Ejemplo y Modelo. Hay otras que ni se deben nombrar siquiera entre cristianos, precisamente porque se llaman «santos». Lo son de título, y deben serlo de hecho. Porque somos santos se nos manda ser santos; tenemos por fruto la santificación, que es la voluntad de Dios en cuanto a nosotros. Esta santificación es la que hemos de perfeccionar en el temor de Dios, no incompatible, ni mucho menos, con su amor, limpiándonos de toda inmundicia de carne y de espíritu. Santidad es limpieza y apartamiento para Dios.

La observancia de los mandamientos; el diario examen de conciencia; la vuelta a Dios por un sincero arrepentimiento de todo descarrío de El; la constante vigilancia sobre nosotros mismos; la súplica continua por socorro y fuerza; la nutrición espiritual con la Palabra de Dios, que vuelve el alma; el ejercicio de la comunión con los hermanos; la práctica de la caridad material y espiritual, la dependencia de la dirección divina dada por el Santo Espíritu; he aquí medios divinamente provistos para progresar en la santificación práctica, aunque nunca podamos sentir ni decir que ya la hemos alcanzado por completo y que ya somos perfectos, sino sencillamente que proseguimos hacia ella. Ningún avance en este camino, por notable que sea, constituye un mérito. Es lo normal que se avance, lo anormal, que

se retroceda, y estancarse es retroceder. Aun haciendo todo lo que nos está ordenado, debemos decir y pensar que somos siervos inútiles, pues no pasamos de cumplir nuestro estricto deber. Pero, además, no hay mérito, porque los avances no se consiguen con nuestra propia fuerza, sino por la suficiente gracia de Dios que se otorga a nuestra flaqueza cuando la reconocemos. Vamos, sencillamente, sacando las consecuencias, y no tan rápidamente como debiéramos, del gran hecho de que fuimos rescatados por la santificación del Espíritu y fe de la verdad.

La ética cristiana no es un código minucioso de preceptos taxativos, reglas detalladas, ejercicios reglamentados, casos de conciencia resueltos por un director, sino que es la obediencia a una nueva ley, superación marcada de la ley antigua, según se ve en el Sermón de la Montaña. «La ley de Cristo», «los mandamientos del Señor» son, en sustancia, Cristo mismo, su ejemplo, su espíritu. «Haya en vosotros el sentir que hubo en Cristo Jesús.» Si lo hay, todo irá bien. Si no lo hay, todo irá mal. El amor de Cristo nos constriñe, y si esto no nos mueve a conducirnos bien a nosotros cristianos, ¿qué otra cosa lo hará?

El principio rector de la actuación cristiana será siempre el mismo, porque Cristo es el mismo ayer y hoy y por los siglos. Pero las realidades a que se aplica, cambian con los tiempos y los lugares, y hasta la misma actividad misionera plantea problemas nuevos a los que hay que aplicar en circunstancias muy diversas el mismo gran principio. El amor de Cristo en nosotros y una conciencia iluminada por su Espíritu, deben estar en continua actividad. El cristiano ha de guardarse alerta para percibir tanto los deberes nuevos como las oportunidades de su épo-

ca; esto es, para entender cuál sea la voluntad del Señor.

Es un gran auxilio fijarse bien en la manera como el Señor mismo juzgó y condenó ciertas disposiciones pecaminosas y alabó los impulsos contrarios. Su actitud, no sólo es de gran justeza, sino de perenne actualidad. Hemos de ir tras una justicia superior a todo fariseísmo, la justicia del Reino de Dios, una justicia que nunca envejece.

VII. EL REINO DE DIOS Y LA IGLESIA

(a) *El Evangelio del Reino*

Cristo no sólo empezó predicando el Evangelio del Reino o del reinado de Dios, sino también predijo que ese mismo Evangelio sería predicado en todas las naciones para que no quedasen sin testimonio antes del fin del mundo. No es exacto que el mensaje y la terminología del Reino se hayan esfumado en la predicación apostólica y el testimonio de la Iglesia primitiva. En su prisión en Roma, después de una intensa vida de apostolado, Pablo continuaba la labor de su vida anunciando «el Reino de Dios y lo referente al Señor Jesucristo». Escribiendo desde la misma prisión a los cristianos de Colosas, habla de ciertos colaboradores suyos que le «ayudan en el Reino de Dios», de modo que el trabajo cristiano era trabajo del Reino.

Algo de lo que ya se ha dicho respecto de la obra regia de Cristo (sección V) y de la comunión (sección VI), ha abordado ya este tema.

El Reino o reinado de Dios, definido por las dos peticiones, anterior y posterior a su mención, en la oración dominical o Padre Nuestro, podemos sencillamente definirlo como aquel orden de cosas en cielos y tierra, en el cual el nombre del Padre celestial

es santificado y su voluntad se realiza. La parte del universo de Dios no dotada de inteligencia y voluntad, obedece los designios de Dios, y las mismas estrellas acuden a su llamada. Pero esto no satisface al corazón amante del Padre, que así como busca una adoración en espíritu y verdad, anhela una relación consciente, voluntaria y gozosa con las criaturas en que El ha puesto más de su propio infinito ser. El quiere que cada una de estas criaturas le encuentre como Padre amoroso y Rey de gracia, lo mismo sean hombres que ángeles. Pero por lo que a nosotros toca, hay un Evangelio que proclamar, porque Dios no se ha conformado con la rotura producida por nuestra rebelión, sino que nos llama mediante su santo y propio Hijo a que volvamos a El con arrepentimiento y fe. A esta vuelta, llamada en la Escritura *conversión*, y que se produce de muy distintas maneras según los individuos y sus circunstancias, sigue en el orden de la experiencia cristiana la restauración del lazo roto, no porque se reproducen unas antiguas condiciones de inocencia que no conoce el pecado, sino porque se crea una situación nueva de hijos de Dios, redimidos del pecado, adoptados en el Hijo perfecto y Salvador. Estos forman una colectividad que participa ya de los dos caracteres de Familia y Reino, porque en ella el Cabeza es a la vez Padre amantísimo y Soberano omnipotente. Las ideas de amor e imperio se armonizan perfectamente en El, y están llamadas a armonizarse en los miembros de su Reino-Familia.

(b) *El Reino de Dios en Israel*

La idea del Reino de Dios estuvo en germen en Israel. Este pueblo escogido debía conducirse de modo congruente al ideal que le había sido revelado y que

él profesaba acariciar: «Jehová es nuestro Juez; Jehová es nuestro Legislador; Jehová es nuestro Rey.» En parte, Israel sirvió al divino propósito de patentizar la verdad y la voluntad de Dios ante las naciones; pero, a menudo, también envió con las manos vacías y afrentados a los siervos que el Divino Rey les enviaba para recoger la parte de los frutos de la viña debida a su legítimo Dueño. Se creyeron los de aquel pueblo no colonos, sino amos. Cuando llegó el Enviado definitivo, el Hijo del Señor de la Viña, creyendo Israel inutilizarlo, se inutilizó a sí mismo; pensando quedarse con toda la viña, la perdió toda. El ideal y el propósito del Reino fué quitado de aquel pueblo y dado a las gentes y naciones que él despreciaba, pero que habían de dar con mayor fidelidad los frutos a quien le eran debidos. ¡Lección solemne para los sectores más marcadamente favorecidos de la actual cristiandad! Dios, que no tuvo favoritismo por su antiguo pueblo, no lo tendrá tampoco por otro alguno. Cuando los gentiles abrazaron el Evangelio de Jesucristo, no sólo ellos entraron en el Reino, sino que recibieron el Reino como tarea a realizar y como promesa de posesión y felicidad; como responsabilidad y como privilegio. Aun estamos aprendiendo el sentido de lo uno y de lo otro.

(c) *Objetivos del Reino de Dios*

El Reino de Dios nos libra de un excesivo individualismo. *Solus cum solo* puede ser un buen lema para la oración privada; pero aun los resultados de esa oración son, como dice el Señor, colectivos o públicos. Somos miembros los unos de los otros, y cada uno debe ser (aunque no lo quiera) guarda de su hermano. Ya en la tierra tenemos la experiencia de que

no podemos ni debemos vivir aislados. El mismo anacoreta sólo relativamente lo es, pues necesita de los que no lo son y se convierte en mendigo de ellos. Una Humanidad de solo anacoretas es imposible, y aun si pudiera realizarse, resultaría una Humanidad truncada, desfigurada y, al fin, suicida. Los esenios (secta judía de los tiempos de Cristo) no se casaban ni engendraban hijos, pero nutrían sus filas con los hijos de los no esenios. Lo mismo hacen las comunidades monásticas.

La relación de los seres racionales entre sí, sean humanos o angélicos, evoca entre ellos las mejores reacciones, la vida con todas sus posibles virtudes y glorias, y no sólo las peores, tentación, escándalo y pecado. Dios quiere a sus hijos no sólo reconciliados individualmente con El, sino también recreándose conjuntamente en el amor del Padre, del cual se deriva, naturalmente, el amor fraternal. Este es el orden divino, y el que no quiera salvarse con otros (y con los más posibles), no se salvará tampoco él solo.

Además, el Reino de Dios es un proyecto, un magnífico proyecto, y esto quiere decir, plan, movimiento, progreso, desarrollo y consumación o perfeccionamiento. El propósito divino corre a través de la Historia no sólo humana, sino cósmica. La misma naturaleza física no es aún lo que puede y ha de ser. El Reino necesita nuevos cielos y nueva tierra en los cuales more la justicia. Dios, pues, es un Dios activo, dinámico, cuyo celo realiza cosas; en suma, «el Dios vivo». El quiere que los hombres mismos cooperen a sus planes. En su altísima sabiduría y soberanía, El utiliza a todos los hombres, aun los más alejados de El, para que con sus acciones, muchas de ellas inconscientes, bastantes equivocadas y no pocas malas, cooperen indirectamente a sus propósitos.

Pero ¡cuánto más quiere El que los suyos no sean ignorantes, sino entendidos de su voluntad y trabajen conscientemente por el Reino para promoverlo, extenderlo, fortificarlo y llevarlo cada vez más cerca de su perfecta realización, si de ellos pudiera esto depender! En el Reino son los fieles «coadjutores de Dios».

El Reino habla del triunfo final de Dios y de la desaparición de tantos dolorosos fenómenos como no sólo nos entristecen, sino nos turban, planteándonos problemas que, al fin, sólo la omnipotencia y bondad divina han de resolver. No más llantos, no más clamor, no más dolor, porque las primeras cosas son pasadas. Las doxologías del Apocalipsis resuenan con estos tonos de reconquista y triunfo para la gloria de Dios.

Tratando de la obra regia de Cristo, hemos dicho que la función mesiánica mira al establecimiento del Reino de Dios. El Supremo Soberano es Dios. El Mesías, el Cristo, es su Hijo, el Príncipe heredero, el «virrey», que no traicionará ciertamente los derechos de su Padre. Como fruto de sus esfuerzos le entregará un universo sumiso, concordado y restaurado. Cuando el espíritu obediente y filial de Cristo Jesús haya llevado pleno fruto en el mundo visible e invisible, habrá de notarse cómo el Reino, inaugurado eficazmente en el corazón del Hijo, se ha extendido por doquier y dominado completamente la situación.

(d) *La Iglesia y el mundo*

El Reino de Dios, del cual la Iglesia es órgano, no viene a destruir, sino a corroborar; no a abrogar, sino a cumplir. Tiene su desaprobación para este mundo, en cuanto este mundo yace en el Maligno y

está inficionado por su corruptora influencia. Y no espera del mundo ni simpatía ni tolerancia, sino la oposición constante que las tinieblas hacen a la luz. Pero este mundo, que no hemos de amar si en verdad amamos al Padre, es el mismo mundo que debemos amar como Dios lo ama, con un amor lleno de compasión. Por creación y preservación, es la obra de las manos de Dios, a la cual El es aficionado.

Además de las almas de los hombres, hay en el mundo instituciones que son ordenadas por Dios como Creador y Legislador de la Humanidad. Por ejemplo, la familia, tan íntimamente ligada con la preservación de la raza; alguna clase y forma de autoridad que vele por los intereses de una justicia que, aun imperfecta y todo, es un bien; la instrucción, más o menos pública, todo lo que llamamos cultura o civilización y que empieza a manifestarse aun en las sociedades de vida más primitiva; el amparo de la actividad material y moral legítima y el disfrute, justo y equitativo, de sus frutos; la defensa de los pacíficos, individuos y colectividades, cuando son atacados por los violentos; el socorro social de los necesitados; la vida internacional, en cuanto tiende a una mayor comunicación y armonía entre los pueblos, componentes todos de una sola Humanidad.

El Reino de Dios no puede identificarse con los ideales que puedan ser acariciados, en uno u otro tiempo, para cada uno de esos aspectos de la vida terrenal o para todos ellos. Pero tampoco se desinteresa de sanar lo enfermo, enderezar lo torcido, restaurar lo decadente, iluminar lo tenebroso, salvar en cuanto sea salvable la obra original de Dios. El cristiano, por lo tanto, que no es del mundo, pero que está en el mundo, tiene sus deberes para con éste: deber de simpatizar con él en sus dolores; de ayudarle en la labor colectiva, impuestos, etc.; de orar por sus autoridades y dirigentes; de cooperar a su paz; de sanearlo con la sal de la gracia de Dios. El mundo no debe perder, sino ganar, por tener en medio de sí gente cristiana, como aun Sodoma no habría perdido, sino ganado de haberse hallado en ella un puñado de gente justa.

Aún queda un problema serio. A veces el mundo censura a los cristianos y a las mismas Iglesias... con razón. Un Faraón puede reprender nada menos que a Abraham, y un rey filisteo, a Isaac. No es una situación normal. Debe producir en los siervos de Dios un profundo examen de conciencia. En reconocerlo así se ha adelantado bastante en estos últimos tiempos, sobre todo allí donde la fe evangélica se siente con fuerza.

Pero, en general, la Iglesia de Cristo vive a mucho más alto nivel que el mundo. Tanto, en ocasiones, que el problema es cómo cooperar con él, guardándose el cristiano sin mancha «de este mundo». Cristo ora por los suyos que, aun quedando en el mundo, sean guardados del mal.

(d) *La Iglesia y el Reino*

Haga lo que quiera el mundo, este Reino, inaugurado en el corazón de Jesucristo, que glorificó el nombre de Dios y cumplió su voluntad a la perfección, pasa a los que por fe le aceptan consciente y deliberadamente como Salvador y, por lo tanto, Señor de los renacidos en El. Ellos también se colocan bajo la soberanía divina. Y éstos son los que forman la *Iglesia de Dios*, la Iglesia de Cristo, los «llamados» a una colectividad o comunión en la cual está el

Reino, pero que no es aún todo el Reino, ni el Reino perfecto. Está el Reino, porque en la Iglesia está Cristo, su Inaugurador y Promotor; pero como la Iglesia se compone de seres humanos sólo potencialmente súbditos perfectos del Reino, aun en ella no está el Reino en su gloriosa perfección. Con todo, es la única colectividad sobre la tierra que tiene por fin confesado el fomentar el Reino de Dios; es la «manada pequeña» a quien el Padre ha tenido a bien darle y encomendarle el Reino. Esta misión le viene de su unión con Cristo. La Iglesia es «el Cuerpo de Cristo», las manos, los pies, los ojos, la lengua, el corazón de Cristo, su mente también; y, en la medida en que realiza esta su naturaleza esencial, Cristo la solidariza con su misma finalidad de llevar al triunfo el Reino de Dios.

Pero no es ella el Reino, como tampoco lo era Israel. sino el medio para el Reino, el andamio con el cual el edificio se levanta y que ha de ajustarse a las medidas de él. A la gloria y excelencia del fin corresponde la real eficacia del medio a pesar de su pobre apariencia, como el Señor mismo fué despreciado y tenido en poco. Por mucha que sea la distancia, hay adaptación. En la Iglesia encuentran muchos la puerta del Reino; desde la Iglesia logran muchos hacer sentir su actuación en favor del Reino que será. Hay una fuerte tentación a confundir la Iglesia con el Reino. Para librarnos de ella nos basta tomar los pasajes del Nuevo Testamento donde aparecen uno u otro vocablo e intentar el trueque. En seguida veremos que llegamos al absurdo.

La Iglesia trabaja por el Reino tanto mejor cuanto más vive ella misma la vida del Reino. En la tierra, ya lo hemos dicho, la vive imperfectamente. Pero fijémonos en el Sermón de la Montaña y luego en los

finales de las epístolas apostólicas. En el primero están las leyes del Reino; en los segundos, su aplicación práctica a los fieles cristianos y a la Iglesia. ¡Cuán semejantes son! En la palabra apostólica está el tono en que la Iglesia debe vivir, y ese tono resulta el mismo que, con más generalidad y amplitud, resonó en el programa del Reino. Pero no se vive a ese nivel sin luchar con serias dificultades. Y si la Iglesia, acobardada por ellas, abandona el esfuerzo de vivir a ese tono del Reino, pierde eficacia en su misión de difundirlo. No hay celo dogmático, empeño disciplinario, prudencia diplomática, labor heroica en el terreno humano que sustituya a las buenas obras que los hombres han de ver si han de glorificar al Padre que está en los cielos. De nada vale la ciudad asentada en un monte si sólo es notable por sus hoscas murallas y audible por sus reyertas intestinas.

De aquí la importancia de que la Iglesia sea gobernada adecuadamente a la vida del Reino que debe vivir. Con celo y con amor, con paciencia y con energía, con sencillez y con prudencia, con espíritu fraternal y reverencia a Dios. El Apóstol Pedro lo puso bien claro: «No como teniendo señorío sobre las heredades del Señor, sino siendo dechados de la grey.» Sistema eclesiástico, jerárquico o no jerárquico, que no favorezca ese espíritu, antes bien incline a la opresión, a la ganancia deshonesta, a la soberbia de los dirigentes, es sistema equivocado o está torpemente viciado.

Precisamente por las deficiencias de la Iglesia visible, o si se quiere de las Iglesias, es precisa la fe para poder decir con sana y acertada firmeza: creo en la Iglesia universal, y aun mejor sin el «en». La Iglesia no es sus defectos, sino sus cualidades. Lo

que ella no deja de ser, a pesar de todo, mientras el nombre de Cristo sea sobre ella invocado con alguna razón, éso es la Iglesia, la bendita compañía del pueblo creyente, la casa del Dios vivo, columna y apoyo de la verdad. Ella es escuela para los ignorantes, hospital para los enfermos, pero también taller para los trabajadores, campamento para los soldados de la fe, santuario para la adoración de Dios. Nunca ha dejado de hacer bien, aunque a veces haya hecho mal. Ocúrrele como al cristiano individual, que si es malo, no es *por ser* cristiano, sino *a pesar* de serlo. Los defectos de la Iglesia no nacen de que sea Iglesia, sino de su olvido de que lo es. La Iglesia ideal, de la cual la Iglesia en la tierra es tan solo un trasunto, no tiene mancha, ni arruga ni cosa semejante, sino que es santa y sin mancha, sujeta a su Señor, Cristo, como la buena esposa lo está a su marido.

VIII. RESURRECCION Y VIDA ETERNA

(a) *La muerte*

La fe evangélica ve en la muerte física una consecuencia, la más patente, del pecado. San Pablo dice que el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado, la muerte, y la muerte así pasó a todos los hombres porque todos pecaron. No es posible separar esta gran crisis de la vida humana del hecho del pecado. Aun si el hombre hubiera estado destinado, de todos modos, a una mutación que superara su estado corporal, puede bien decirse que en el presente estado de cosas «el aguijón de la muerte es el pecado». Sin el pecado, de existir la muerte, sería muy diferente de lo que es. No representaría, como representa ahora en la inmensa mayoría de los casos, el término de una existencia de oportunidades para el bien y el principio de una revisión insobornable del bien o del mal realizado.

Pero esta convicción de que la muerte tiene que ver con el pecado, no es la esencia de la fe evangélica, sino su precedente. La fe evangélica es que, si bien la paga del pecado es la muerte, la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro. Cristo ha sacado a luz, no la muerte, sino la inmortalidad y la vida por el Evangelio. Así, ni la muerte con

sus terrores ni la vida presente con sus tentaciones y peligros, nos pueden apartar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro. La muerte ha perdido su terror principal para quien, como el cristiano, está en el amor de Dios, un amor no mudable y veleidoso, todo él gracia y paz.

El cristiano no muere, sino queda dormido en los brazos de su Salvador.

(b) *Después de la muerte*

Evidentemente, el elemento *reposo* es la nota dominante de este estado de la persona humana, y especialmente del cristiano, después de la muerte. Los muertos están en la noche en la cual nadie puede trabajar. Esto no quiere decir que no tengan alguna sensación de vida, como los dormidos la tienen.

Hay también una sensación de *holgura*, de liberación. San Pablo compara la muerte a la acción de «ser desatado».

Hay igualmente una sensación de *seguridad*. El mismo Apóstol habla de que cuando se desploma el cuerpo, nuestro tabernáculo terrestre, somos acogidos en una casa no hecha de manos, eterna en los cielos.

Hay la experiencia de una consoladora *compañía*. Están los fieles con Cristo, lo cual es mucho mejor que todo cuanto este mundo puede ofrecer.

En conjunto, el nuevo estado es superior al de la vida terrestre, ya que el morir es ganancia, según el gran principio de que el cristiano nunca retrocede, sino siempre avanza hacia su consumada felicidad y la gloria de Dios que se manifestará en él. La fe evangélica no entiende cómo puede haber un lugar de penas expiatorias, un *Purgatorio*, para los «fieles

difuntos», cuando la sangre de Jesucristo los ha limpiado de todo pecado. Para los que «están en Cristo» no hay ninguna condenación, ni el Señor viene a buscarlos en la muerte para llevarlos a un lugar de tormentos, sino para tomarlos con El a fin de que estén donde El está, y sabemos que El está en el cielo. Bien lo ejemplificó desde la cruz, diciendo al malhechor súbitamente arrepentido: «Hoy estarás conmigo en el Paraíso.» La identificación del cristiano con su Salvador continúa tras la muerte. Los creyentes fallecidos «duermen en el Señor.» No nos son visibles, como no lo es tampoco el Señor mismo; pero cuando Cristo, que es nuestra vida, se manifieste, ellos como nosotros serán manifestados con El en gloria.

Nuestros hermanos que han dormido no nos han sido arrebatados de tal modo que los hayamos perdido para siempre. Son nuestros todavía y lo serán eternamente, aunque al presente, en este orden temporal y visible, se hallen al parecer más alejados de nosotros que antes. La comunión, sin embargo, no se ha interrumpido, pues coparticipamos en el mismo Señor, que es nuestra vida, y tenemos iguales esperanzas de triunfo final del Reino.

La fe evangélica no se encuentra en terreno firme si se deja arrastrar por la práctica, tan usual en las religiones humanas, de *orar por los muertos*. Si se trata de difuntos fieles (creyentes), está cierta de que, por la bondad de Dios, de nada carecen que sea necesario, o aun conveniente, para su nuevo estado. Todo está dicho con la palabra «descanso». Son «bienaventurados». Si se trata de difuntos amados de los cuales más bien suponemos que no hayan muerto en el Señor, esto es, en comunión con el Salvador, la fe evangélica considera una temeridad presentarse a

Dios como más compasiva que El mismo, invadiendo con sus ruegos aquella esfera en que sólo Dios es competente, y en la cual sus determinaciones quedan al margen no sólo de toda influencia ajena, sino de todo cálculo o suposición. Aun en la tierra puede llegar un momento y una situación en que, según el Apóstol Juan, justamente el Apóstol del amor, no debamos rogar por el perdón de una determinada ofensa, el «pecado de muerte». ¿Por qué no confiar implícitamente en la perfecta justicia y perfecto amor de nuestro Dios?

La fe evangélica, sin gloriarse en los hombres, sino sólo en el Señor, siente como cosa suya aquellos hermanos que en la vida fueron «gloria de Cristo», y que, aun descansando al presente de sus trabajos, están como actuando en la actividad de la Iglesia y del Reino por la obra que dejaron hecha. No cae en la tentación de solicitar de ellos servicios mediatoriales, pues sólo hay un Mediador entre Dios y los hombres. No los invoca, ni con sus alabanzas ni con sus ruegos; sencillamente, los recuerda con admiración y amor, siguiendo el ejemplo de toda la Escritura y especialmente del capítulo XI de la Epístola a los Hebreos.

(c) *La resurrección*

La clave de las esperanzas cristianas de redención total (que incluye la redención de nuestro cuerpo), está en la gloriosa y eficacísima resurrección de Nuestro Señor Jesucristo. Pablo y Pedro, aun antes de la resurrección del Señor, creían en la resurrección de los muertos, de todos los muertos, como creían los fariseos de su tiempo. Veían en esto una ordenación de Dios para todos los hombres. Sin embargo, cuando se enfrentaron con el hecho de la resurrección de

Cristo, percibieron claramente que se hallaban ante una nueva revelación, y que la resurrección del cristiano iba a ser algo más y mejor que cualquier otra resurrección. La resurrección del cristiano se enlazaría de un modo natural con la de Cristo y se saturaría de su indecible felicidad y gloria. Para Pablo, Cristo es «primicias de los que durmieron»; para Pedro, somos «regenerados en esperanza viva por la resurrección de Cristo de los muertos para una herencia incorruptible».

El cristiano recibirá un cuerpo transformado y glorificado en un acto de salvación final y definitivo de su Redentor. Cuando El se manifieste viniendo de los cielos, vendrá para los suyos, los ciudadanos del cielo que aún vivan sobre la tierra, como Salvador.

Pero en esto, los entonces vivientes no se anticiparán a los que «durmieron», pues a esta transformación de los vivos habrá precedido una resurrección de los que murieron en la fe, y todos juntos participarán de la misma redención total.

Cómo ha de hacerse esto, el Señor lo sabe. Nosotros creemos que El puede hacerlo, y que nuestro Redentor está El mismo viviendo la vida resucitada como nuestra vanguardia exploradora en ese país feliz, pero desconocido para nosotros. Está preparándonos lugar. Nuestra esperanza de gloria es que estamos en El.

Qué sea la resurrección para los que no han aceptado la fe cristiana, sobre todo después de haberles llegado las ofertas del Evangelio, es asunto secundario en las enseñanzas del Nuevo Testamento, y sólo por inferencia entra en el ámbito de la fe cristiana Hay una «resurrección para condenación» (o juicio, justamente aquella clase de juicio a que no vendrá el creyente). A la voz poderosa de Cristo, también

estos muertos resucitarán, pero no con la resurrección que produce el Espíritu, pues nunca moró en sus cuerpos mortales. A ellos espera, no la vida eterna, o sea la inmortalidad en sentido cristiano, sino la «muerte segunda», una perdición que, descríbase de un modo u otro, es la catástrofe irreparable de la humana criatura. La fe evangélica es que, fuera de Cristo, no hay salvación. Y El es el Juez para determinar quiénes sí y quiénes no le pertenecen.

(d) *El Juicio*

Es una ordenación de Dios. «Está establecido que los hombres mueran una vez, y después el juicio». Toda crisis importante, aun de la vida en este mundo, invita, y a veces demanda, un examen del pasado. Sin duda que cada ser humano, al salir de este mundo, ve las cosas en una nueva luz que a veces confirma y a veces desmiente el tono de su vida acá. El Juez de vivos y muertos tratará cada caso con suma justicia y sumo amor. Las manos que sostienen la balanza de la justicia son las mismas que fueron clavadas a la cruz. Es la vista de tan benigno Juez lo que abreviará el juicio, pues las almas pronto se darán cuenta de su situación real.

Pero el fin del presente orden de cosas estará marcado por una manifestación gloriosa de Cristo, no sólo ante los creyentes, sino ante la Humanidad entera. El triunfo de Cristo es ya un hecho que juzga automáticamente toda acción humana y todo hombre. Unas acciones y unas personas quedan reprobadas, y otras aprobadas. Las palabras, las obras, la caridad de Cristo, se tornan acusación de quienes las despreciaron. Una salvación tan grande rechazada, dificulta, imposibilita más bien, el escapar indemne del

juicio. Y así los hombres son juzgados y tienen una oportunidad de defenderse ante el más benigno Juez; pero toda boca se tapará y toda persona se someterá a Dios, segura de que no ha sido la causa de condenación que en Dios haya escaseado el amor que redime.

Como que el triunfo y la instauración del nuevo orden de cosas son acontecimientos que afectarán a toda la Humanidad, este juicio será universal y público. La fe sabe que es así, pero ella no se fija tanto en la forma y circunstancias del juicio, ni aun en la proporción de justos y réprobos, como en que ese juicio es un antecedente preciso de la nueva Jerusalén, la ciudad celestial, donde no entra nada manchado ni inmundo.

(e) *El fin*

La revelación cristiana nos apercibe para un ritmo acelerado de los sucesos humanos y una intervención cada vez más patente de Dios en la Historia. Como ya hemos dicho al hablar de la realeza de Cristo, El proseguirá cada vez más empeñadamente (y quizás más visiblemente) su lucha con las potestades rebeldes a su Padre. Parece vislumbrarse que en algún tiempo su poder será más generalmente acatado que nunca antes; pero también que el ejercicio de la autoridad no conseguirá, a la larga, resultados donde antes fracasó la ternura del amor. La situación se agravará de nuevo y con caracteres más trágicos. Habrá que luchar las últimas batallas y el Cordero de Dios vencerá «porque es Rey de reyes y Señor de señores». Los enemigos tendrán que ser definitivamente derrotados, y todo lo malo que se ha pensado, dicho y hecho por las criaturas inteligentes de Dios,

habrá de ser anulado. La forma y manera en que esto tendrá lugar, aparece forzosamente envuelta en densa niebla. La fe se detiene ante las cosas secretas de Dios, y sólo el estudio intenta explorar lo desconocido, a veces con escasa reverencia. Pero más allá de esta región nebulosa se anuncia ya la claridad del día eterno, cuando el fin verdadero vendrá, el Hijo triunfante presentará al Padre sus conquistas y Dios será el todo en todos.

Lo seguro es:

(1) El triunfo es de Dios.

(2) Este triunfo no se lo regalan los hombres mismos con un acatamiento universal voluntario.

(3) Con ese triunfo coincidirá una participación de los hijos de Dios en el Ser mismo del Padre celestial y en sus inacabables tesoros; en una palabra, el Reino plenamente realizado.

La palabra «destrucción» o «perdición» es triste. ¡Ojalá los hombres percibieran cuán triste es! Pero la fe evangélica sabe que el recurrir Dios a ese extremo en nada desmiente su compasión y su amor. Nosotros no somos más compasivos que Dios, y no le podemos dar lecciones en este terreno ni en ninguno. Parándonos un poco a pensar, advertimos que, según nuestra propia experiencia, resulta a veces preciso destruir una parte para conservar un conjunto. Amputamos los miembros gangrenados para salvar el resto de nuestro cuerpo donde puede quedar alojada la vida. Es símil que el Señor mismo usa. Por analogía, no resulta extraño que la aurora del universo nuevo en que se incorpora todo lo salvable del orden (o desorden) anterior, implique la anulación de todo aquello que, en modo alguno, es compatible con lo definitivo y perfecto. Lo doloroso del proceso

no es indiferente a la eterna bondad. Dios no aflige de su corazón a los hijos de los hombres. El Hijo del hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas; su placer no está en la destrucción, sino en la restauración. Qué sorpresas nos guarde su infinita misericordia, nadie es capaz de predecirlo. Qué sentido tenga «la restauración de todas las cosas», no hay mente humana que pueda exponerlo. Pero es lo positivo que una infundada confianza en cualquiera de estas amplitudes no debe despistarnos hacia la ligereza y la presunción, al punto de que lleguemos a presentarnos en la gran fiesta sin el vestido de boda. La misericordia de Dios puede y debe ser aprovechada, pero no explotada. No hay que engañarnos. Nadie se burla impunemente de Dios. Si son nobles nuestras esperanzas, vivamos noblemente. Este es el espíritu de la fe evangélica.

> *Y vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra se fueron, y el mar ya no es.*
>
> *Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y el mismo Dios será su Dios con ellos. Y limpiará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y la muerte no será más; y no habrá más llanto, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas son pasadas.*

TEXTOS BIBLICOS

citados o aludidos en este opúsculo por el mismo orden en que lo son

.....

INTRODUCCION

Filip. 1. 27; 1 Tim. 1. 15; Filip 1. 7; Marc. 8. 38; 2 Ped. 1. 1; 2 Cor. 6. 7; Jud. 3; Gal. 3. 4; Rom. 10. 8; 1 Cor. 4. 13.

I. CRISTO, OBJETO DE LA FE

1 Cor. 12. 3; Hech. 10. 37-41; 13. 42, 43; Rom. 1. 16; Hech. 13. 48; 20. 21; 10. 44; Rom. 10. 9; 1 Cor. 2. 2; Hech. 17. 31; Rom. 4. 25; 8. 2; 10. 12, 13; Juan 5.24.

II. EL DIOS Y PADRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Mat. 7. 21; Juan 3. 35; 4. 43; 14. 10; 10.18; Mat. 11. 27; 5. 17; Deut. 6. 4; Salmo 90. 1-4; 135. 6; 1 Sam. 2. 3; Salmo 11. 7; Isaías 6. 3; Ex. 34. 6; Núm. 23. 19; Deut. 7. 9; Ex. 34. 6; Prov. 3. 5; Salmo 37. 7; Isaías 30. 15; Ex. 14. 13; Deut. 6. 5; 6.13; Mat. 6. 6; Juan 4. 23; Mat. 11. 27; Luc. 9. 26; 12. 32; Salmo 103. 13; Ex. 4. 22; Juan 1. 12; Ef. 1. 17; 1 Cor. 8. 6; Ef. 1. 3; Gal. 4. 5; Juan 14.9; Rom. 15. 5; 15. 13; 2 Cor. 1. 3; Ef. 1. 17; 2 Cor. 13. 11; 1 Ped. 5. 10; Juan 4. 24; 1 Juan 1. 5; 4. 8; Juan 4. 24; 1 Cor. 14. 15; Rom. 12. 1; 2 Tim. 1. 7; Mat. 4. 10; Ex. 20. 4, 5; Hech. 10. 25, 26; Ap. 22. 8, 9; 1 Cor. 8. 5; Ezeq. 14. 3.

III. EL ESPIRITU SANTO

1 Tim. 1. 15; Ef. 2. 8; 1 Cor. 12. 3; Zac. 4. 6; Juan 7. 39; 1 Cor. 2. 12; Juan 15. 26; 16. 14, 15; 17. 1; 1. 16; Hech. 2. 4, 23; Juan 7. 29; Rom. 8. 14; 2 Tim. 3. 14-17; Juan 16. 13; 1 Juan 2. 26, 27; Hech. 20. 29, 30; 1 Tim. 3. 15; 6. 20; Juan 14. 16-18; 1 Juan 4. 13.

IV. EL EVANGELIO

Rom. 1. 16; 1 Tim. 1. 15; Rom. 3. 21-26; 2 Cor. 13. 13; Marc. 1. 14, 15; Mat. 18. 11; Rom. 5. 8; Mat. 13. 11; 1 Ped. 1. 12; Ef. 3. 19; 1. 3; Tito 2. 11.

(a) *El problema humano*

Gen. 3; Gal. 5. 8; Rom. 5. 12, 15, 18, 19; 1 Cor. 15. 47, 48; Santiago 1. 15; 1 Cor. 15. 22; Mat. 19. 17; 18. 11; Juan 9. 39; Mat. 9. 12; Juan 8. 34; Luc. 9. 60; Mat. 15. 19; Isaías 64. 6; Rom. 7; Juan 8. 44; 1 Juan 3. 8; Luc. 11. 21; Marc. 25. 41; 1 Juan 3. 8.

(b) *Divinidad del Salvador*

Tito 2. 11; 1 Juan 4. 10; Heb. 1. 5; Filip. 2. 6-8; Col. 2. 9; Juan 14. 10; Mat. 3. 16, 17; 28, 19; 2 Cor. 13. 13; 1 Ped. 1. 2; Judas 20, 21; Juan 20, 28; 1 Cor. 12. 9; Marc. 2. 5; Juan 14. 17; Filip. 4. 13; Ef. 3. 17; Juan 10. 30.

(c) *Humanidad del Salvador*

Rom. 8. 29; 5. 19; Filip. 2. 8; 1 Cor. 15. 22; Heb. 2. 11; Juan 1. 14; Luc. 1. 34, 35; Mat. 1. 20, 21; 1 Cor. 15. 47, 48; Gen. 3. 15; Isaías 7. 14; Salmo 132. 11; Hech. 2. 30; Luc. 1. 45, 48, 38; Heb. 7. 26.

V. LA OBRA MEDIADORA

1 Tim. 2. 5; Heb. 8. 6; 9. 15; 2 Cor. 15. 18.

(a) *Obra profética*

Amós 3. 7, 8; Heb. 1. 1; Juan 6. 68; Mat. 23. 8; Juan 13. 3; Mat. 7. 29; Juan 7. 46; 14. 10; 6. 45; 7. 16, 17; Luc. 24. 27; Juan 5. 39; 2 Ped. 1. 19-21; Rom. 15. 4; Apoc. 1. 3; Isaías 8. 20; Luc. 16. 29; Mat. 15. 1-9; Hech. 17. 11; 2 Ped. 3. 16; 1 Cor. 2. 14, 15; Mat. 11. 25; Heb. 13. 8; Ef. 4. 11; 2 Cor. 5. 20; 1 Ped. 4. 11; 1 Cor. 4. 1; Hech. 1. 1; Juan 1. 18.

(b) *Obra sacerdotal*

Heb. 5. 1-6; Mat. 3. 14, 15; Heb. 9. 26; Rom. 6. 6; Heb. 9. 13, 14; 10. 1-10; Rom. 8. 32; Mat. 26.39-42; Hech. 2. 23; Rom. 5. 20; Juan 18. 31, 32; 12. 32; Hech. 4. 27; 1 Ped. 2. 24; Heb. 8. 3; Ef. 5. 2; Rom. 6. 8-11; 1 Ped. 4. 1, 2; Heb. 10. 14; 1 Cor. 11. 24, 25; Heb. 9. 26; Luc. 22. 20; Heb. 9. 22, 12; Hech. 2. 46; Juan 6. 56, 63; Heb. 7. 24-28; 1 Ped. 2. 5, 9; Rom. 12. 1; Ef. 2. 17-22; Apoc. 1. 6.

(c) *Obra regia*

Salmo 2. 6; Isaías 33. 22; Mat. 4. 17; Juan 18. 36; Mat. 24. 14; 1 Ped. 3. 15; Filip. 3. 8; Rom. 14. 17; Hech. 20. 28; Gálatas 6. 16; 1 Tim. 3. 15; Ef. 1. 23; 1 Cor. 14. 37; Juan 16. 7, 13, 14; Gal. 6. 1, 2; 1 Ped. 2, 12; Ef. 6. 12; 1. 20-23; Apoc. 11. 15; Mat. 28. 18; Apoc. 19. 11; Hech. 4. 28; Rom. 11. 30-33; 1 Cor. 15. 24-28.

VI. LA REDENCION Y SUS EFECTOS

(a) *La gracia*

2 Cor. 6. 1; Juan 1. 17; Gal. 5. 4; Rom. 4. 4; 11. 6; 1 Juan 1. 10; 1 Reyes 8. 38; 1 Tim. 1. 16; Tito 3. 5; Salmo 103. 10; Rom. 5. 6; Luc. 18. 9-14; 1 Cor. 12. 4; 1 Tim. 1. 2; Rom. 5. 15; 3. 22-26; Ef. 1. 3-6.

(b) *La fe*

Hech. 26. 18; Gal. 3. 2; 2 Cor. 9. 15; Rom. 8. 32; Hech. 16. 14; 1 Cor. 2. 12; 13. 9; 2 Cor. 5. 7; Col. 2. 6, 7; Rom. 11. 20; Gal. 2. 20; Rom. 1. 17; Santiago 2. 17; 1 Tim. 6. 12; Juan 6. 29; 5. 24; 1 Ped. 1. 21; Rom. 1. 5; 10. 9; Juan 1. 12; 1 Ped. 1. 8, 9; 2 Cor. 5. 7; Ef. 3. 19; Santiago 2. 5; Heb. 11. 1, 27; Ef. 2. 8, 9; Gal. 2. 16; Rom. 5. 1; 3. 22; 2 Cor. 5. 21; Rom. 8. 3; 3. 23; 7. 17, 24; 3. 26; Filip. 3. 9; 1 Ped. 2. 24; Ef. 2. 4, 8; Rom. 3. 21, 22; 4. 16; 2 Cor. 5. 19; Rom. 5. 1; 2 Cor. 5. 20; Rom. 5. 11; Juan 5. 24; Rom. 5. 10; Juan 10. 29; 1 Tes. 5. 24; 2 Cor. 3. 18; Rom. 4. 5; Salmo 84, 2; Rom. 1. 5; Tito 3. 5, 7.

(c) *La regeneración*

2 Cor. 5. 17; 1 Ped. 1. 3; Santiago 1. 18; Juan 8. 23; I Juan 5. 1; Juan 3. 3; 15. 19; 1 Cor. 2. 15; Gal. 6. 14; Juan 3, 6, 7; Gal. 5. 22, 23, 19; Rom. 8. 13; Mat. 28. 19; Rom. 6. 3, 4; 1 Ped. 3. 21; Tito 3. 5; Col. 3. 9. 10; Rom. 14. 7, 8.

(d) *La comunión*

Juan 15. 4; 1 Juan 4. 13; Col. 1. 27; Heb. 2. 14; Col. 3. 3; Juan 1. 14; Gal. 2. 20; Juan 17. 23; 1 Juan 1. 3; Gal. 3. 28; Salmo 145. 18; Juan 16. 24; Rom. 8. 26, 27; 1 Cor. 10. 16, 17; Col. 1. 12; 1 Cor. 1. 30 (de El os viene el estar vosotros en Cristo Jesús); Sal. 145. 18; Juan 16. 24; Rom. 8. 26; Sal. 85. 8; 37. 7; Ef. 4. 3-6; Col. 1. 17; 1 Cor. 10. 24; 1 Tim. 6. 18; 1 Cor. 9. 23; 12. 13; 10. 17.

(e) *La santificación*

1. Cor. 6. 11; 1. 2; Juan 17. 19; 1 Cor. 1. 30; Ef. 10. 14; 1. 11; Col. 3. 12; 1 Tim. 2. 10; Ef. 5. 3; Rom. 6. 22; 1 Cor. 3. 17; 1 Tes. 4. 3; 2 Cor. 7. 1; 1 Juan 2. 3; 2 Cor. 13. 5; Apoc. 3. 19; 1 Cor. 16. 13; Mat. 26. 41; Salmo 19. 7; Gal. 6. 10; Rom. 8. 14; Filip. 3. 12; Luc. 17. 10; 2 Cor. 12. 9; 2 Tes. 2. 13; Luc. 6. 46; Gal. 6. 2; 1 Tes. 4. 2; Filip. 2. 5; 2 Cor. 5. 14; Heb. 13 8; Rom. 9. 1; Mat. 16. 2, 3; Juan 7. 24; 5. 20.

VII. EL REINO DE DIOS Y LA IGLESIA

(a) *El Evangelio del Reino*

Mat. 4. 23; 24. 14; Hech. 28. 31; Col. 4. 11; Luc. 11. 2; Isaías 40. 26; Juan 3. 23; Prov. 8. 31; Isaías 64. 8; Salmo 149. 2; Luc. 15. 10; Juan 6. 47; Hech. 3. 19; 2 Cor. 5. 18; Gal. 4. 4, 5; Mat. 13. 43; Rom. 5. 21.

(b) *El Reino de Dios en Israel*

Isaías 33. 22; Salmo 67; Ezeq. 5. 56; Luc. 20. 10-14; Mat. 21. 43; Rom. 11. 21; 1 Tes. 2. 12.

(c) *Objetivos del Reino de Dios*

Mat. 6. 6; Rom. 12. 5; Gen. 4 9; 1 Tes. 5. 15; Mat. 5. 19; 1 Juan 4. 7-9; 1 Cor. 9. 22, 23; Luc. 22. 29; Dan. 2. 44; Hech. 1, 6. 7; Abdías 21; Salmo 33. 11; Rom. 8. 19-22; 2 Ped. 3. 13; Isaías 9. 7; Jer. 10. 10; Hech. 13. 36; Ex. 9. 16; Is. 10. 5-7; Ef. 5, 17; Mat. 25. 14-30; 1 Cor. 3. 19; Mat. 13. 41, 42; Apoc. 21. 4; 19. 6-8; Mar. 14. 61, 62; Juan 8. 49; 1 Cor. 15. 24; Rom. 16. 19.

(e) *La Iglesia y el Reino*

Luc. 18. 17; Hech. 2. 47 (literalmente, *que estaban siendo salvos*); 1 Cor. 1. 9; 1 Tes. 2. 12; Mat. 18. 20; 1 Cor. 12. 12; Ef. 4. 12-16; Luc. 12. 32. Ef. 1. 22; 1 Cor. 2. 16; Ef. 5. 23; Apoc. 1. 9; Hech. 14. 22; Mat. caps. 5-7; Rom. 12; Col. 3. 8-4. 6; Mat. 5. 13, 16, 14; 1 Ped. 5. 1-4; 1 Tim. 3. 15; Ef. 2. 21; 5. 26, 27.

(d) *La Iglesia y el mundo*

Mat. 5. 17; Mar. 4. 19; 1 Juan 5. 19 (*en el maligno*, según la mayoría de las versiones); Mat. 10. 17; Juan 3. 19, 20; 1 Juan 2. 15; Juan 3. 16; Salmo 138. 8; Salmo 68. 6; Rom. 13. 1; Ex. 20. 15; Salmo 72. 4; Isaías 2. 4; 61. 1;

40. 3, 4; Filip. 4. 8; 1 Ped. 2. 13-17; Rom. 13. 7; 1 Tim. 2. 1, 2; Mat. 5. 13; 24. 22; Juan 15. 22; Gen. 18. 23-33; 12. 10-20; 26. 6-11; Sant. 1. 27; Juan 17. 15.

VIII. RESURRECCION Y VIDA ETERNA

(a) *La muerte*

Rom. 5. 12; 1 Cor. 15. 56; Rom. 6. 23; 2 Tim. 1. 10; Rom. 8. 38; Jud. 20, 21; 2 Cor. 5. 5-8; 1 Tes. 4. 14.

(b) *Después de la muerte*

Juan 9. 4; Filip. 1. 23; 2 Cor. 5. 1; Apoc. 14. 13; Filip. 1. 23, 21; Heb. 1. 3; 1 Juan 1. 7; Rom. 8. 1; Juan 14. 3; Luc. 23. 43; 1 Ped. 1. 8; Col. 3. 4; 1 Tes. 4. 15; 1 Juan 5. 16; 1 Cor. 1. 31; 3. 22; 1 Tim. 2. 5; Heb. 11.

(c) *La resurrección*

1 Tes. 4. 14; Hech. 26. 8; Rom. 8. 11; 1 Cor. 15. 20; 1 Ped. 1. 3; Filip. 3. 20, 21; 1 Tes. 4. 15; Filip. 3. 21; Juan 14. 3; Col. 1. 27; Juan 5. 29; Apoc 21. 8; Mat. 16. 26; Hech. 4. 12; 2 Tim. 2. 19.

(d) *El juicio*

Heb. 9. 27; Hech. 10. 42; Juan 5. 22; 12. 48; Apoc. 1. 7; Juan 15. 24; Heb. 2. 3; Rom. 3. 19; Mat. 25. 32; Apoc. 22. 27.

(e) *El fin*

Luc. 21. 26; Apoc. 1. 1; 19. 11-16; 20. 4; 17. 14; Judas 15; Deut. 29. 29; 1 Cor. 15. 25-28; 2 Ped. 1. 4; 1 Juan 3. 2; 2 Cor. 13. 10; Mat. 16. 25; 10. 28; Salmo 34. 21; Isaías 1. 18-20; Mat. 5. 29, 30; Jer. 15. 6; Lam. 3. 13; Luc. 9. 54; Hech. 3. 21; Apoc. 21. 5; Mat. 22. 11, 12; Gal. 6. 7; 2 Ped. 3. 14; Apoc. 21. 1-4.

INDICE DE ASUNTOS

Amor de Dios, 12, 59, 60.
Arrepentimiento, 29.

Bautismo, 43.

Caída del hombre, 18, 19.
Cena del Señor, 30, 31.
Comunión con Dios, 43.
Comunión fraternal, 44, 45.
Conversión, 50.
CRISTO: Profeta, 25; Sacerdote, 28; Rey, 32; Mediador, 15; predicado a los gentiles, 9; Divinidad, 20; Encarnación, 23; Humanidad, 22; Sacrificio, 29; Cristo, Juez, 64.
Culto a Dios, 12.

Desenvolvimiento del dogma, 27.
DIOS: enseñanza del A. T., 11; enseñanza del N. T., 12; el «Dios vivo», 52.
Elección de los creyentes, 37.
Encarnación del Verbo, 23.
ESPIRITU SANTO: glorifica a Cristo, 14; no es el monopolio del ministerio docente, 15; el Consolador, 16.
Escrituras, Antiguo y Nuevo Testamento, 26, 27.
Etica cristiana, 47, 57.
Ex opere operato, 36.

Fe: objetiva y subjetiva, 8; debe ser defendida, 7; acepta el Don de Dios, 37; descansa en una Persona, 38; fe y vista, 38; fe y obras, 39; medio de la justificación, 40; obediencia de fe, 41.
Fin de los tiempos, 65.
Frutos del Espíritu, 42.

Gobierno eclesiástico, 57.
Gracia: gracia y ley, 35; gracia y mérito, 36; no algo mágico, 36; elección de gracia, 37.

Identificación con Cristo, 30. 43.
Iglesia: quiénes la forman, 32; la Iglesia y el mundo, 53; la Iglesia y el Reino, 35; qué es la Iglesia, 57.
Imágenes, 13.
Infalibilidad, 15.
Inmaculada concepción, 23.
Instituciones del mundo, 54.

«Jesús es señor», 9, 10.
Justicia de Cristo, 40.

Justificación por la fe, 40.
Juicio final, 64.

Ley: contrastada con gracia, 35; ineficaz por la flaqueza humana, 40; ley de Cristo, 33, 47.
Libre examen, 27.

Maligno: originador del pecado, 20.
Mérito, 36.
Muerte: consecuencia del pecado, 59; después de la muerte: dormir en Cristo, 60.

Nuevos cielos y nueva tierra, 67.
Obras de la carne, 43.
Oración cristiana, 44.
Oración por los muertos, 61.

Pecado: su origen, 20; su naturaleza, 28; desha-cimiento del pecado, 29.
Perdición, 66.
Purgatorio, 60.

Regeneración, 67.
Reino de Dios: Evangelio del Reino, 49; el Reino de Dios en Israel, 50; Objetivos del Reino de Dios, 51; el Reino de Dios y la Iglesia, 55.
Resurrección, 62.

Sacerdocio de Cristo, 28.
Sacerdocio universal de los creyentes, 32.
Sacrificio de Cristo: irrepetible, 30; su conmemoración, 31.
Santificación, 45.
Seguridad de la salvación, 41.

Transubstanciación, 31.

Vicario de Cristo, 33.
Vida eterna, 59.